

LOS "OTROS"

CLARK CARRADOS

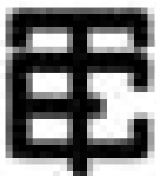
Dos hombres, equipados con escafandras de vacío, aparecieron de pronto, surgiendo del fondo de una depresión semejante a un pequeño cráter volcánico, cuyas paredes tenían una suave inclinación, excepto en un lado en que caían a plomo desde unos veinticinco metros de altura. Al pie de este farallón, había una gran abertura, la cual daba entrada a una cueva de unos quince metros de profundidad, por tres de altura y cinco o seis de alto. Caminaban a grandes saltos, debido a la escasísima gravedad del asteroide, y se ayudaban, además, sobre todo para orientarse y cambiar de rumbo cuando era necesario, con unos pequeños propulsores a chorro, individuales, que tenían sujetos a la espalda, debajo del sistema de ventilación, humectación y regulador de la presión del aire en el interior de la escafandra.



Clark Carrados

Los «otros»

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 327



ePub r1.0
LDS 10.01.19

Título original: *Los «otros»*
Clark Carrados, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



LOS "OTROS"



CAPÍTULO PRIMERO

a enorme astronave flotaba perezosamente a unos veinte metros por encima del arrugado suelo del asteroide. Tres placas de hierro, de unos cincuenta centímetros de diámetro, habían sido muy bien sujetas al suelo de roca, constituyendo así sendas superficies a las cuales estaban fijadas las anclas electromagnéticas que impedían a la astronave salir volando al espacio por simple inercia.

El asteroide tenía unos dos mil quinientos metros de longitud, por uno de anchura y setecientos de grueso, en sus dimensiones mayores. Formaba un vasto y abigarrado conjunto de rocas en un pedrusco colosal, el cual, en apariencia, permanecía inmóvil en el espacio, pero, en realidad, orbitaba a velocidad vertiginosa en torno al Sol, del que se hallaba en aquellos momentos a una distancia de cuatrocientos veinte millones de kilómetros.

Dos hombres, equipados con escafandras de vacío, aparecieron de pronto, surgiendo del fondo de una depresión semejante a un

pequeño cráter volcánico, cuyas paredes tenían una suave inclinación, excepto en un lado en que caían a plomo desde unos veinticinco metros de altura. Al pie de este farallón, había una gran abertura, la cual daba entrada a una cueva de unos quince metros de profundidad, por tres de altura y cinco o seis de alto. Caminaban a grandes saltos, debido a la escasísima gravedad del asteroide, y se ayudaban, además, sobre todo para orientarse y cambiar de rumbo cuando era necesario, con unos pequeños propulsores a chorro, individuales, que tenían sujetos a la espalda, debajo del sistema de ventilación, humectación y regulador de la presión del aire en el interior de la escafandra.

En pocos momentos llegaron al pie de la astronave, cuya escotilla de carga estaba abierta de par en par. Todos los objetos contenidos en la bodega podían resistir sin dificultad las pavorosas condiciones del vacío estelar.

Los dos hombres eran de parecida complexión física, altos y robustos, de miembros sólidos y bien construidos. Su aspecto fisonómico, sin embargo, variaba muchísimo.

Marvin Harristy, capitán y propietario en un cincuenta por ciento de la astronave que se cernía sobre ellos, tenía el cabello de un negro intenso y la piel morena como un latino clásico, pero sus ojos eran grises y, cuando se enfurecía, parecían sendos pedacitos de hielo. Frisaba en los treinta y había escapado en numerosas ocasiones de los deliciosos peligros del matrimonio. En lo material, no era un hombre rico, pero existían muchas mujeres, jóvenes, hermosas y con fortuna, que se hubieran sentido felices de aliviar sus preocupaciones económicas. Marvin, sin embargo, prefería los excitantes riesgos de su profesión y la incertidumbre de su futuro a la cómoda seguridad de una vida mediocre y carente de ambiciones, por muy rica y bella que fuese la mujer que se convirtiese en su esposa.

El otro astronauta respondía al nombre de Paul Aldon. Tenía siete años más que Harristy y era completamente calvo. Solía decir que, en sus buenos tiempos, había poseído una frondosa cabellera rubia, de la cual no quedaba el menor rastro visible, ya que, incluso, para evitar molestias en el espacio, se había hecho un depilado definitivo de la barba. Muchos astronautas lo hacían así; en realidad, había ocasiones en que afeitarse resultaba una

tremenda molestia, cuando se podía; en caso contrario, si la barba crecía demasiado, se corría el riesgo de sufrir una grave incomodidad con el casco puesto. Su parte en la «Gamma T.», nombre asignado a la astronave, era de un veinticuatro per ciento.

Los otros dos miembros del cuarteto, Juanito Olivaz, un menudo y activo portugués, y la doctora ingeniero Janna
K'mai
, eran propietarios, por partes iguales, del veintiséis por ciento restante de la nave. En aquellos momentos, se hallaban en la cueva, terminando de acondicionar los bultos que descargaban y transportaban sus dos compañeros.

Marvin y su compañero se detuvieron al pie de la escotilla de carga, de cuyo borde inferior partía uno de los cables del ancla. Marvin se disponía a trepar hasta la nave, cuando, de pronto, su compañero lanzo a través de la radio individual, una exclamación de asombro.

—¡Eh, Marvin, mira esto!

Aldon se había agachado y sostenía con dos dedos un objeto que brillaba rutilante, devolviendo con resplandor sin igual los rayos del sol que ardía a más de cuatrocientos millones de kilómetros de distancia.

Marvin se acuclilló también. Cogió el menudo pedrusco, que no era otra cosa que un enorme brillante, del tamaño de la uña del pulgar, y lo examinó con gran atención durante algunos segundos.

—¡Diablos, Paul! —dijo a media voz—, si esto fuese verdad… —Pero no concluyó la frase, limitándose a dejar que su compañero fuese quien imaginase la continuación.

—No lo creo, Marvin —contestó el otro—. Eso es cosa de los «sovyanks».

Marvin dio un respingo.

—¡Eh! ¿Has dicho los «sovyanks»?

—Así, como lo oyes. No han podido ser otros, te lo aseguro.

Marvin se incorporó. Desconcertado y preocupado, lanzó una mirada circular, explorando las inmediaciones del lugar en que se hallaban.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en tono grave.

—El suelo está liso por completo; recuerda que lo explanamos para colocar la placa de anclaje. Además, el diamante estaba junto a

la placa, pero fuera de la tierra, no dentro. Ni siquiera se puede decir que lo he sacado a relucir al remover el suelo con la puntera de una de las botas. No, esto ha sido obra de los «sovyanks».

—Paul, puede ser que tengas razón —contestó Harristy a media voz—. Pero, en tal caso, ¿te imaginas lo que puede pasarnos?

Aldon suspiró.

—Sí. Todo depende de si les caemos simpáticos o no. En el segundo caso, más vale que liemos los bártulos y nos marchemos.

—¡Maldición, no! —renegó el joven—. Nos ha costado mucho esfuerzo, y no hablo ya de dinero siquiera, hallar este pedrusco del espacio. Hay aquí una verdadera fortuna en metales y no podemos abandonarlo, por más que se empeñen los «sovyanks».

—Si se empeñan, ¡qué remedio te quedará, sino abandonarlo y largarte! —exclamó Aldon en tono filosófico—. Bueno, de momento, los «sovyanks» nos han hecho un presente en lugar de desamarrarnos los cables del anclaje. Esto indica que sus intenciones no son malas… por ahora; insisto, así que deja de preocuparte por ellos y vamos a seguir trabajando.

—De acuerdo —contestó Harristy.

Guardó el diamante en uno de los bolsillos externos del traje de vacío y pegó un salto, que le llevó a situarse al borde de la escotilla de carga. Aldon le siguió en el acto.

Momentos después, sacaban al exterior una de las compuertas de la esclusa que pensaban instalar a la entrada de la cueva. Ésta les serviría de refugio y habitáculo en tanto duraban sus trabajos de prospección y obtención de minerales valiosos, a cuya tarea se dedicaban, desde hacía bastante tiempo, los cuatro tripulantes de la nave.

Vencido el momento de inercia de la pesadísima puerta, les resultó fácil caminar a grandes saltos hasta el fondo de la depresión en la que se hallaba la cueva. Olivaz y Janna salieron a su encuentro.

Janna era una muchacha de veintiséis años, africana, de piel color café con leche y grandes ojos negros, muy robusta, de pechos amplios y rotundos que incluso destacaban con poderosas curvas a través del traje de vacío. La mirilla de su escafandra permitía ver sus hermosos cabellos negros, cortados casi como los hombres, con el fin de no tener estorbos al ponerse el casco. Su título de ingeniero

en minería espacial y un pequeño capitalito le habían servido para unirse a la tripulación de la «Gamma T».

La puerta quedó apoyada en una de las rocas, junto a la entrada. Entonces, Marvin Harristy metió la mano en el bolsillo y extrajo el diamante, que entregó a la joven africana.

—Toma, Janna, un obsequio del capitán y primer oficial de la «Gamma T.».

La joven tomó el diamante y lo estuvo contemplando, arrobada. Luego, enseñando una dentadura deslumbrante, exclamó:

—¡Me gustaría no llevar puesto el traje de vacío para darte un buen abrazo, Marvin!

El joven se echó a reír.

—Espera que hayamos colocado la esclusa, Janna. Pero más que a mí o a Paul, que fue quien halló ese pedrusco, deberías darle el abrazo al «sovyank» que lo dejó al pie de la escotilla de carga.

La sonrisa desapareció de los labios de la hermosa africana.

—¿Un «sovyank»? —exclamó.

—Así es, Janna —confirmó Aldon—. Dadas las circunstancias en que lo hemos hallado, no han podido ser sino ellos.

El portugués oía la conversación a través de su radio individual, pero había continuado el trabajo en el interior de la cueva. Gritó:

—¿Cómo vienen esta vez: amigos u hostiles?

—No lo sabemos aún, Juanito —contestó Marvin—. Parece ser que quieren portarse amistosamente, pero ya sabes que con esos tipos uno nunca puede estar seguro de nada.

Prodújose un espacio de silencio, roto de pronto por la voz de Janna.

—Bien, quedándonos parados no conseguiremos nada práctico. Lo mejor será que…

La voz del portugués les interrumpió de pronto.

—Eh, muchachos, tengo que deciros algo.

—¿Ocurre algo, Juanito? —preguntó el joven.

—¿Un «sovyank»? —quiso saber Janna.

—No lo sé, no quisiera equivocarme —contestó Olivaz—. A veces, le engañan a uno emitiendo falsas señales de radio, pero parece ser que en esta ocasión son genuinas. Convendría que sintonizaseis vuestros aparatos en la frecuencia dos seis.

Las manos de los tres se movieron al unísono, cambiando la

longitud de onda de sus respectivos receptores individuales. Entonces, dentro de cada casco, se oyó el tenue pero inconfundible chisporroteo de una señal de morse.

Marvin escuchó con atención durante unos segundos. Luego, de repente, un grito de rabia se escapó de sus labios.

Se dio cuenta de que, con la frecuencia cambiada, sus compañeros no habían podido oírle y en seguida movió el dial de la radio. Entonces, exclamó:

—¡Es la señal de la «M. W. Corporation»!

CAPÍTULO II



aul Aldon miró a su amigo a través del cuarzo polarizado de su escafandra. El rostro del segundo se había puesto grave de repente.

—¿Cómo es posible tal cosa? Nosotros fuimos los primeros en llegar a este asteroide —protestó—. Lo examinamos casi pulgada a pulgada, permanecimos durante veinticuatro horas a la escucha, tal como disponen los reglamentos, para ver si alguien había instalado un transmisor de localización y propiedad… ¡y no había nada en absoluto! ¿Quién diablos ha querido gastamos esta jugarreta?

—La «M. W.», sin duda —contestó Marvin, pensativamente.

—Pero nosotros llegamos primero al asteroide; es nuestro —alegó Janna con tono apasionado—. Ellos no pueden…

—Mejor que discutir si pueden o no pueden —cortó el joven secamente—, será que nos pongamos a buscar esa emisora.

—¿Y si fuese una broma pesada de los «sovyanks»?

Marvin miró a la africana, que era la autora de la sugerencia.

—Sería demasiada coincidencia, sobre todo, si tenemos en cuenta la notable falta de ética que emplea la «M. W.» en sus procedimientos —contestó—. Bien, vamos a dispersarnos en cuatro direcciones y a explorar el asteroide de nuevo. Puesto que toda emisora de identificación de propiedad debe disponer, además, de un pequeño faro de destello para localización visual, estimo que no hemos de tardar mucho en encontrarla. El primero que la aviste, que llame a los demás, teniendo siempre presente que la cueva es el norte del asteroide.

—Conforme —fue la respuesta triple que obtuvo el joven a sus disposiciones.

Marvin penetró en la cueva y tomó un grueso rollo de cable, uno de cuyos extremos sujetó a su cinturón por medio de una presilla. En el otro extremo se divisaba una bola de hierro de diez centímetros de grueso, provista de un vástago cilíndrico de una longitud similar y un centímetro de diámetro.

Al extremo del vástago había tres dedos metálicos, en forma de gancho, con dientes aserrados en su parte interior. Los dedos estaban contrapuestos, de tal modo que podían hacer presa fácilmente en cualquier saliente. Era un ancla mecánica que se empleaba exclusivamente en terrenos rocosos, donde el magnetismo eléctrico no podía ser utilizado. Al menor choque, los dedos se abrían y se cerraban casi en el acto, haciendo presión sobre cualquier saliente de altura superior a dos o tres centímetros. Era una herramienta muy útil para los mineros del espacio y ninguno de ellos dejaba de incluirla en su equipo.

Cada uno de los cuatro miembros de la tripulación de la «Gamma T.» disponía de su ancla mecánica. El cable, de tres milímetros de sección, poseía un alcance de cincuenta metros y la bola que tenía en el otro extremo servía para proporcionar un momento de inercia en el instante de lanzarla, una vez elegido el sitio donde se quería aterrizar.

Separándose, saltaron en seguida en cuatro distintas direcciones. Marvin se encaminó hacia su izquierda, en sentido diagonal, es decir, hacia el sudeste del asteroide, tomando la cueva por el norte, tal como habían acordado. A pesar de la escasa longitud del asteroide, en ocasiones se veía obligado a saltar por encima de profundísimos barrancos y picos elevados; la superficie del pedrusco

era muy irregular y había lugares con una diferencia de nivel, entre las alturas y depresiones, de hasta cuatrocientos metros.

Lentamente, fue dando la vuelta al asteroide. El espectáculo que se divisaba desde aquel punto era en verdad maravilloso. Las estrellas brillaban sin una sola mancha, en medio de un cielo de una negrura infinita, total. El sol, a cuatrocientos veinte millones de kilómetros, parecía un foco cuyo diámetro aparente era un redondel minúsculo, pero que, no obstante, aun a semejante distancia, proporcionaba la suficiente luz para poder leer sin necesidad de ayuda alguna.

La astronave desapareció de su vista. Alcanzó la superficie inferior del asteroide, llegando hasta los antípodas de la cueva, sin que, pese a sus esfuerzos, hubiese conseguido localizar el farol de destello de la emisora. Ahora estaba con los pies dirigidos en sentido diametralmente opuesto al suelo de la cueva, de la que, en línea recta, a través del asteroide, le separaba una distancia no superior al kilómetro. En realidad, aquélla era una curiosa experiencia; los novatos solían marearse mucho en sus primeras salidas al exterior en los asteroides.

De pronto divisó algo que le pareció una mancha verdosa, algo fosforescente, que se deslizaba con gran rapidez por entre las rocas. Frunció el ceño; quizá se trataba de un «sovyank». Recordando que, hasta el presente y a pesar de siglo y medio de astronáutica y exploración del sistema solar, nadie había conseguido ver aún a los «sovyanks», se dijo que debía tratarse solamente de una ilusión óptica suya, causada acaso por un esfuerzo de la vista demasiado sostenido.

De cuando en cuando, cambiaba la frecuencia de la radio: La señal continuaba oyéndose. Se sintió furioso; ellos habían sido los primeros en llegar al asteroide y situar en él su marca de propiedad. Después de largo tiempo de buscar un asteroide productivo y cuando al fin lo habían hallado, ahora los tiburones de la «M. W.» pretendían arrebatárselo.

No lo consentiría; lucharía con todas sus fuerzas para evitarlo.

La voz de Janna K'mai sonó de repente en sus auriculares.

—¡Eh, todos! ¡Aquí está la emisora!

—¿Cuál es su posición? —preguntaron tres voces masculinas casi a un tiempo.

—Mil seiscientos metros al sudoeste de la cueva —informó Janna.

Marvin Harristy se dirigió a toda velocidad hacia el punto indicado por la joven africana. Saltaba los picos y se lanzaba sin miedo alguno por encima de precipicios, cuya sola vista, en la Tierra, hubiese provocado el vértigo.

Mientras corría, empujándose «hacia abajo» con los reactores de su espalda, cuando el impulso resultaba excesivo y amenazaba con lanzarle al espacio, divisó de nuevo aquella tenue fosforescencia verdosa. La mancha, porque era más mancha que resplandor, aparecía y desaparecía con singular rapidez, aunque manteniéndose siempre en una ruta paralela a la suya. De pronto, al cabo de un par de minutos, desapareció.

Marvin tuvo la sensación de que se había: metido bajo la tierra, pero no tuvo tiempo de pensar más en aquel misterioso ser; el faro de destello de la emisora estaba a la vista.

El último salto le llevó a unos treinta metros por encima de la superficie del asteroide. Tomó el cable en la mano derecha y, después de hacerlo voltear un par de veces, lo lanzó hacia abajo.

La bola con las pinzas partió raudamente, en un medio ambiente sin densidad alguna. Chocó contra el suelo y las pinzas se abrieron de forma automática, aferrándose acto seguido a un pequeño saliente rocoso. Marvin tiró del cable; la sujeción era perfecta. Usó ambas manos para descender, ejecutando un movimiento idéntico pero a la inversa, que el que habría hecho para trepar por una maroma. Segundos después, estaba junto a Janna
K'mai

.

La joven africana se hallaba junto a una caja cuadrada del tamaño de un baúl mediano, de la que sobresalían un par de antenas de rejilla. En uno de sus extremos, dos lámparas, blanca y roja, oscilaban rápida y alternativamente.

Olivaz y Aldon llegaron pocos momentos después. El portugués soltó un chorro de palabrotas, que no hubieran tenido fin, a no ser porque Janna dio media vuelta al dial de su radio, reduciéndole al silencio.

—Estás delante de una dama —exclamó, muy ofendida.

Olivaz puso de nuevo la emisora en funcionamiento.

—Perdona, chica, pero es que esta emisora me ha sacado de quicio. ¿Es de la «M. W.»? —preguntó a los otros dos.

Marvin estaba arrodillado junto a la emisora. Tenía un destornillador en la mano, con ayuda del cual levantó un pequeño panel de la caja. Las luces de destello iluminaron con intermitencia la placa que había bajo el panel.

M. W. Astronáutical Mining Corporation[1]**.**

Debajo había una serie de cifras y números, así como el domicilio social de la empresa. Al pie de todo y grabada con un estilete eléctrico; se divisaba una firma.

Mabel Wenckel, Propietaria.

—¡Caramba! —exclamó Janna, bastante asombrada—. No sabía que la «M. W.» perteneciese a una mujer.

—Lo cual no impide que empleen métodos que están reñidos en absoluto con toda moralidad. Nosotros llegamos aquí antes —alegó. Harristy en tono apasionado—; la denuncia se hizo en tiempo y forma legales, así que lo que han hecho los tipos de la «M. W.» no es sino un acto de piratería.

—¿Qué piensas hacer tú ahora, capitán? —le preguntó Olivaz.

El joven alargó la mano derecha. Los faros de destello dejaron de funcionar en el acto.

—Debiera haberme traído un revólver, para destruir a tiros la emisora —dijo furioso—. No obstante, no quiero ser acusado de causar daños en enseres ajenos. Desconectaré la emisora y…

—¡No toquen ese aparato o tendrán que lamentarlo! —estalló de pronto una voz bronca en los auriculares de sus cascos.

Los cuatro astronautas se volvieron en el acto. Estupefactos, divisaron, al otro lado de un montículo rocoso, la brillante mole de una astronave ultrarrápida, para viajes sin carga.

Más cerca de ellos y aproximándose a grandes saltos, acudían seis individuos, todos ellos tocados con escafandras similares a las suyas, salvo en el color, que era de un amarillo dorado muy brillante. Los cascos, blancos, estaban atravesados

longitudinalmente por una doble raya roja y sobre la pechera de su traje se divisaban dos letras mayúsculas, en negro: una M y una W. Debajo de las mismas, había un número, que Marvin supuso debía de ser de serie particular de la compañía.

Uno de los astronautas era un tipo grande, de dos metros diez de estatura y una anchura proporcional.

Aunque Marvin no lo había visto jamás en su vida, lo identificó al instante; era de los pocos astronautas que debían encargarse a la medida el traje de vacío espacial, dada su enorme complexión. Debajo de las iniciales de su compañía se veía un número muy bajo, indicador del puesto preeminente que ocupaba en la misma.

Era Grist Ulhsen, ingeniero jefe de la División del Espacio de la «M. W.».

—Repito que no deben tocar esa emisora de identificación —exclamó Ulhsen en tono autoritario—. Este asteroide es nuestro.

Su afirmación era rotunda, enfática. Marvin tuvo que apelar a un verdadero esfuerzo de voluntad para conservar la calma.

—Creo que se equivoca usted, señor Ulhsen —contestó—. Nosotros llegamos antes y lo ocupamos. Las pruebas están en el archivo correspondiente, una vez hecha la denuncia.

—¿De veras? —La voz de Ulhsen sonaba con trémolos de sarcasmo—. Pues es la primera noticia que tengo; de lo contrario, como puede comprender; no habríamos puesto ahí nuestra emisora.

—El archivo está en Aster City —manifestó el joven—. Pueden comprobarlo cuando quieran.

—No le creo —declaró el sueco en tono beligerante.

Aldon dio un paso hacia delante, pero Marvin extendió el brazo y le contuvo.

—Calma, compañero —dijo en voz baja—. Señor Ulhsen, si no me cree, ¿por qué no vuelve a Aster City y consulta los archivos? La distancia de aquí a Aster City no es tan grande que usted no pueda recorrerla con esa astronave ultrarrápida en menos de tres horas.

—¡Yo no tengo que consultar nada! Nosotros llegamos antes…

Con disimulo, Olivaz se arrodilló y recogió un grueso pedrusco, de bordes afilados. En caso de pelea, podía constituir un arma peligrosa.

—¡Y yo insisto en que el asteroide es nuestro! —tronó el joven, empezando a cansarse—. Si no se marchan de aquí en el acto, haré

una llamada a las patrullas del Espacio, para que les obliguen a abandonar un sitio en el que nunca debieron haber puesto el pie sin haber sido invitados.

Una burlona sonrisa se dibujó en los labios de Ulhsen.

—¡Qué casualidad! —exclamó en tono sarcástico—. Nosotros habíamos pensado lo mismo, al percatamos, por detección del radar, que había una nave extraña sobre la superficie de este asteroide. Dentro de treinta minutos, lo más tarde, tendremos aquí una de esas naves a las cuales usted acaba de mencionar. Su jefe les dará instrucciones sobre qué es lo que deben hacer, señores.

Marvin se puso pálido. Había oído hablar de los métodos que empleaba la «M. W.», pero siempre había estimado que se trataba de comentarios de mineros espaciales, despechados por el poco éxito de sus prospecciones.

—Ahora veo que es verdad —dijo, pensando en voz alta.

—¿A qué se refiere usted, amigo? —preguntó Ulhsen con toda educación.

Marvin apretó los puños.

—A los métodos sucios que emplea la «M. W.». De todas formas, nunca creí que esa compañía estuviese, formada por una banda de piratas sin escrúpulos.

Un grito ahogado sonó en todos los auriculares al mismo tiempo. De repente, uno de los astronautas recién llegados, que había permanecido en un discreto segundo término hasta aquel momento, se adelantó dos pasos y, con voz clara y fuerte, exclamó:

—¡Capitán Harristy, no le tolero que nos llame piratas a los de la «M. W.»!

Lleno de curiosidad, Marvin escrutó al astronauta que acababa de protestar con tanta energía. Sobre el peto de su escafandra podía verse claramente el número uno.

Esto le indicó que se trataba de Mabel Wenckel.

CAPÍTULO III



arvin Harristy examinó brevemente a la mujer que acababa de hablar. El cuarzo del casco le permitió entrever unos cabellos de un rubio brillante y un rostro hermoso, aunque un tanto desfigurado en aquellos instantes por la ira que sentía. Podía adivinarse fácilmente su aventajada estatura y asimismo era sencillo darse cuenta de la esbeltez de sus formas, pese al grosor del traje de vacío.

Pero todo esto le importaba al joven muy poco en aquellos momentos.

Frunciendo el ceño, contestó:

—Cualquiera que se apodere de un asteroide ya señalado y denunciado, comete un acto de piratería; y usted, como dueña de una empresa minera, debe saberlo mejor que nadie, señorita Wenckel.

—Este asteroide fue ocupado y denunciado por una de nuestros equipos de prospección —rebatió ella—. Los documentos

pertinentes se encuentran en los archivos de Aster City.

—También los míos —contestó el joven con tranquilidad—. Pero, además, da la casualidad de que su empresa goza de una pésima fama entre los mineros del espacio. No me extrañaría en absoluto que hubiesen realizado una sucia faena, para desposeernos de lo que legítimamente nos pertenece.

Mabel se volvió hacia su ingeniero jefe.

—¡Señor Ulhsen! ¿Va a consentir usted que este hombre continúe insultándome?

Ulhsen estudió al joven durante algunos segundos.

—En un ambiente normal, le haría tragar esas palabras a puñetazos. Aquí, las cosas varían, aunque no tanto que no podamos resolverlas a nuestro favor dentro de poco. Espere unos momentos, señorita Wenckel, se lo ruego.

—Muy bien —contestó ella—. ¿Cuánto cree usted que tardará la nave de patrulla?

—No demasiado. El sargento Benedetti, su comandante, me anunció que estaba ya a punto de llegar aquí.

—Gracias. —Mabel cruzó los brazos sobre el pecho y miró al joven con gesto desafiante.

Durante unos momentos, reinó una tensión extraordinaria. De pronto, Aldon hizo una seña.

Sus tres compañeros le siguieron. Aldon desconectó la radio de modo bien visible, gesto que fue comprendido por los otros. Entonces, juntaron los cascos, de modo que pudieran hablarse por simple contacto, sin necesidad de las emisoras de radio. Al tocarse los cascos, éstos transmitían las vibraciones sonoras, con toda claridad.

—Los de la «M. W.» pretenden jugamos una mala partida —dijo Aldon.

—¿Y qué haremos? —preguntó Janna.

—La mala partida no estriba en lo que pueda haber pasado aquí, sino en los archivos de Aster City —dijo Marvin, bastante preocupado.

—¡Demonios! ¿Capitán, supones que han podido sobornar al encargado del registro?

—Entre otras cosas —contestó el joven en tono sombrío—, hay una veta de tungsteno al setenta por ciento. El treinta por ciento

restante está compuesto por vanadio, titanio y algo de ganga. La veta mide dos mil metros de longitud por veinte de ancho y… no sabemos cuál es su profundidad. Prácticamente, es un saco de monedas de oro, con la boca abierta de par en par. Si entendéis lo que quiero deciros, comprenderéis fácilmente que la «M. W.» haya hecho cualquier cosa para apoderarse del asteroide.

Callaron un momento. Una sombría desesperación se apoderó por unos instantes de los cuatro. Más que nada, era el perder el fruto de largos meses de trabajo, pero no por un error inintencionado o una catástrofe casual, sino por alguien que empleaba malas artes, lo que les hacía ver su futuro con negras tintas.

Una chispa luminosa brilló de pronto en el espacio y se fue acercando con gran rapidez al asteroide.

—Ahí viene la nave de patrulla —dijo el joven—. Abrid vuestros emisores.

Se separaron, quedando a prudente distancia del grupo de la «M. W.». Momentos después, la nave de la Policía Espacial aterrizaba a corta distancia de ellos.

Tres hombres saltaron al suelo. Sus escafandras eran de color anaranjado, con dos grandes bandas pectorales de color azul muy vivo. Uno de los astronautas llevaba sobre la manga tres ángulos amarillos.

—Soy el sargento Benedetti —se presentó—. Tengo entendido que se ha reclamado mi presencia en el asteroide.

—Así es —se apresuró Ulhsen—. Yo… nosotros.

—Nosotros… —rectificó Mabel Wenckel con suave energía—. Soy la propietaria de la «M. W.», sargento. Como puede ver, ahí está nuestra emisora de identificación y denuncia minera. Los documentos pertinentes están registrados en Aster City.

—Digo lo mismo, sargento —exclamó el joven—. También me hallo en las mismas condiciones que la señorita Wenckel, sólo que llegamos aquí por lo menos cuatro semanas antes que ella o sus prospectores. Y también puedo demostrarlo documentalmente, como es lógico.

Benedetti era un sujeto vivo y despierto. Examinó con rapidez a los contendientes.

—Le conozco a usted, capitán Harristy —manifestó—. También

a usted, señorita Wenckel. Aunque, extraoficialmente, le diré que la «M. W.» disfruta de una pésima fama entre las patrullas del Espacio.

—¡Sargento! —protestó Mabel con vehemencia—. Usted no tiene derecho a formular comentarios de ninguna clase. Su deber es ser imparcial y procurar que se cumpla la ley.

—Eso es lo que vamos a hacer —respondió el sargento en tono tranquilo. Se volvió hacia uno de los patrulleros—. Tidov, quiero que compruebes si la emisora de denuncia del capitán Harristy sigue en su sitio, como es lo reglamentario.

—Yo le acompañaré —se ofreció Olivaz—. A fin de cuentas, fui yo quien la montó.

El portugués partió en el acto, en compañía del patrullero, siguiendo una dirección transversal al eje mayor del satélite. Los demás quedaron allí, esperando.

Marvin miró a Benedetti. El rostro del sargento le inspiró confianza.

Olivaz volvió treinta minutos más tarde. Su rostro expresaba consternación.

—La emisora no está —anunció, desalentado.

Hubo un momento de silencio. Janna exhaló un grito de rabia.

—¡Han sido esos piratas! —clamó—. ¡La han destruido…!

—Silencio —ordenó el sargento.

—¡Nos están acusando de algo que no hemos cometido! —chilló Mabel, enfurecida—. Sargento, exijo la expulsión inmediata de estos intrusos de un asteroide que pertenece a mi compañía.

Benedetti se encrespó.

—Señorita Wenckel, deje que sea yo quien resuelva lo que se debe hacer aquí. —Miró al joven—. Capitán. Harristy, ¿insiste usted en que sus documentos de denuncia están archivados en el registro de minería de Aster City?

—Sí, sargento —respondió Marvin.

—Muy bien, capitán. ¡Tidov!

—¡A la orden! —contestó el patrullero.

—¡Tráete una señal interdicción!

—Sí, señor.

Mabel lanzó una exclamación de rabia.

—¡Sargento, usted no puede hacer eso! ¡Es completamente ilegal a todas luces!

Benedetti la contempló con aire severo.

—Señorita Wenckel, quiero que sepa usted que tengo por norma cumplir con mi deber por encima de todo y que no me arredra nada en absoluto, ni siquiera la encumbrada posición del posible violador de la ley. Si confía en sus millones para que respalden sus actos, intente protestar de nuevo y me la llevo arrestada a Aster City.

Mabel se amedrentó. Retrocedió un paso y buscó la protección del gigantesco Ulhsen.

—Cálmese, señorita. —Dijo el ingeniero en tono untuoso—. La partida es nuestra. Sólo se trata de un pequeño retraso, una o dos semanas, que, en nuestras circunstancias, carece de importancia.

Tidov regresó con la señal de interdicción. Consistía en un poste de tres metros de altura, al extremo del cual había un travesaño metálico, con un triángulo de luz roja, que destellaba intermitentemente.

El poste estaba unido a una caja que contenía las baterías que alimentaban la luz. Además, la señal disponía de un pequeño transmisor que emitía destellos de radio cada cierto tiempo, con objeto de que todos los patrulleros, a quienes se transmitiría la decisión provisional de interdicción, pudieran captarla de cuando en cuando, a fin de comprobar que no se había destruido la señal por alguien interesado en quebrantar la ley. La caja quedó sujeta a la roca y, con rapidez hija de la práctica, Tidov colocó los precintos.

Entonces, con voz oficial, Benedetti anunció:

—Este asteroide, numerado de serie
A375-R80
, queda sujeto a interdicción, hasta que él juez del Cuarto Distrito decida lo pertinente. Juicio ante el juez Segovia, el próximo lunes, día 11 de agosto de 2122, a las diez horas, tiempo de Greenwich. Eso es todo.

Saludó y se marchó, seguido de sus dos hombres. Un momento después, la nave de la Policía Espacial zarpaba para continuar su misión de patrulla.

Con las pupilas llameantes por la furia, Mabel se dirigió a Marvin:

—Espero que el juez Segovia falle su expulsión inmediata. Además, les pediré daños, y perjuicios por el retraso en el comienzo de la explotación del asteroide.

Marvin no se inmutó.

—Tengo entendido que el juez Segovia es un hombre íntegro y recto. Pero, claro, usted desconoce el sentido de estas palabras.

—Oh —exclamó ella furiosa—. Vámonos, vámonos de aquí antes de que…

Giró sobre sus talones y se marchó, dando grandes saltos, seguida de sus empleados. Ulhsen, sin embargo, se retrasó un poco.

—Nos veremos en Aster City, capitán Harristy.

—Allí me tendrá usted el lunes, a la hora señalada por el sargento Benedetti —contestó el joven, muy tranquilo.

Ulhsen le contempló todavía un poco. Luego, sonriendo con burla, dio media vuelta y se fue.

Esperaron en silencio hasta que hubo zarpado la nave de la «M. W.». Entonces, Aldon, en tono sombrío, dijo:

—Esos tipos nos están preparando una buena. Ignoro qué truco se traen entre manos, pero no os quepa duda de una cosa: Tienen un «as» en la manga.

Janna, mujer al fin y al cabo, no pudo contener un gemido de desesperación.

* * *

Llegaron a Aster City la víspera de juicio, un domingo por la tarde.

El área ocupada por los asteroides de aquel sector era extensísima. Alcanzaba unos cien mil kilómetros de longitud, por cincuenta mil de ancho y diez o doce mil de grueso. En aquel espacio de unos sesenta mil millones de kilómetros cúbicos, orbitaban varios millares de asteroides de distintos tamaños, desde el que era menor que un guisante, hasta el que alcanzaba cuarenta o cincuenta kilómetros de longitud.

La prospección y ocupación de los asteroides con fines industriales era libre. A excepción de unos cuantos, muy pocos, ocupados por el gobierno del planeta, todos los demás estaban a la libre disposición de aquel que quisiera dedicarse al negocio de la minería espacial.

Por supuesto, había muchísimos más asteroides en el cinturón que se encuentra situado entre Marte y Júpiter y que los astrónomos

suponen son los restos de un planeta que estalló decenas de millones de años atrás. No obstante, aquella rara concentración de cuerpos celestes en un sector tan relativamente pequeño, había extrañado no poco a los científicos, quienes habían acabado por llegar a la conclusión, con no poco empirismo, de que aquel concentrado grupo de asteroides había tenido su origen en un satélite del supuesto quinto planeta, satélite que había estallado también, como consecuencia de la catástrofe cósmica que se había producido en aquel lugar del espacio. Lo cierto era que las riquezas minerales eran incalculables y ello había provocado la avidez y la codicia de muchos terrestres que ambicionaban ganar mucho dinero con rapidez.

Era un trabajo duro, arriesgado, en el que incluso se podía perder la vida si no se tenía el suficiente cuidado. De vez en cuando, estallaba una astronave y sus tripulantes se convertían en polvillo estelar. O bien, un asteroide daba la voltereta o se salía de su órbita y se estrellaba contra el más próximo, como consecuencia de un error de cálculo en la extracción de minerales, lo cual provocaba siempre el desplazamiento de su centro de gravedad. Los meteoritos, que perforaban los cuerpos humanos a velocidades cósmicas, o los desgarrones de los trajes de vacío, no eran tampoco sucesos raros.

Pero ningún peligro arredraba a los mineros. Todo el que estaba en los asteroides era duro, valiente, despiadado consigo mismo y con los demás. El débil, como en todas las épocas y lugares donde se había producido una coyuntura semejante, no tardaba en sucumbir y volvía a la Tierra a rumiar su fracaso y a buscar un medio más cómodo de ganarse la vida.

La coyuntura había provocado al principio grandes desórdenes. Poco a poco, sin embargo, la ley se había ido imponiendo y las patrullas de la Policía del Espacio recorrían sin descanso el sector. El castigo del culpable era rápido y certero, con frecuencia, inapelable. De vez en cuando, sin embargo, se producían disturbios motivados por la ambición, como el que había paralizado los trabajos de la tripulación de la «Gamma T.».

Aster City era una ciudad de cúpulas, unida entre sí por medio de túneles estancos, edificada sobre un asteroide relativamente plano, de unos diez kilómetros de longitud por cinco de ancho y dos

de grueso La ciudad tenía varias puertas de acceso, en cada una de las cuales, aparte de la guardia ordinaria, había un empleado que cobraba una suma determinada por cada día de estancia, con un mínimo fijo de una semana. El billete debía renovarse sin excusa veinticuatro horas antes de la fecha de su caducidad. De cuando en cuando, los agentes que cuidaban del orden bajo las cúpulas pedían el billete de estancia. Aquel que no lo tenía en orden, era condenado a abonar el doble y, en caso de carecer de dinero, expulsado en el acto a bordo de una de las naves que continuamente partían hacia la Tierra, desde el astropuerto, situado en otro asteroide que se hallaba a veinticinco kilómetros de Aster City y que sólo se destinaba al aterrizaje y despegue de las astronaves. Marvin, Aldon, Janna y Olivaz buscaron alojamiento y se dispusieron a esperar el momento del juicio.

CAPÍTULO IV



l juez Segovia era un hombre cincuentón, de cabello entrecano, mirada penetrante, nariz aguileña y rostro huesudo, adornado con una anacrónica barbita en punta que, sin embargo, le confería un aspecto realmente majestuoso. Tras los preliminares de rigor, ocupó tu puesto en el estrado, debajo de una estatua que simbolizaba a la justicia —por cierto, en una representación casi abstracta, muy «*sui generis*»— y la bandera de las Naciones Unidas a su derecha.

El juez hizo una señal con la mano. El alguacil voceó:

—Se va a ver, juzgar y sentenciar, en audiencia pública, el caso de la Compañía «M. W.» contra la sociedad cuyo representante es el capitán Marvin Harristy. Los interesados, al estrado, para prestar juramento.

Por parte de la «M. W.» se adelantó el ingeniero Ulhsen, cuyo aspecto parecía mayor visto sin su escafandra de vacío. Marvin se situó a la izquierda del estrado donde se hallaba situado el juez.

El alguacil les tomó juramento. Luego les envió a cada uno a su sitio.

A continuación, el juez Segovia ordenó:

—El relator procederá a exponer los hechos objeto del presente juicio.

Un funcionario judicial se adelantó, con unos papeles en la mano.

—Señoría —declamó—, la entidad denominada *Astronáutical Mining Corporation*, representada en este acto por el ingeniero Grist Ulhsen, demanda derecho de plena propiedad sobre asteroide numerado de serie A375-R80; basándose en las leyes dictadas al efecto. La entidad demandada, representada por el capitán Marvin Harristy reivindica para sí la propiedad del asteroide antes citado, para lo cual alega el derecho de anterior descubrimiento y ocupación. Eso es todo.

El juez arrojó una severa mirada a los litigantes.

El funcionario prosiguió:

—La parte demandante presentará pruebas documentales de sus aseveraciones.

Ulhsen se puso en pie.

—Solicito. La presencia del encargado del registro y archivo de denuncias mineras, señoría —pidió.

—Concedida —otorgó el juez.

El alguacil voceó el nombre del encargado del registro. Un sujeto de mediana edad y aspecto ratonil compareció momentos después, con un par de carpetas bajo el brazo.

El alguacil le tomó juramento. El sujeto declaró llamarse Kvist Schund, además de sus otros datos personales.

—Ruego al testigo que indique a su Señoría en qué fecha se efectuó la denuncia del asteroide A375-R80 —pidió Ulhsen. Con gesto satisfecho, añadió—: Espero que la presentación de esta prueba mostrará, de manera concluyente, la veracidad de nuestros alegatos.

—No juzgue antes de tiempo, señor Ulhsen —le reprendió ásperamente el juez—. Todavía no hemos escuchado a la parte demandada. ¿Señor Schund?

Marvin observó al empleado y se dio cuenta de que estaba muy nervioso. Su frente, que empalmaba con la calva, se hallaba

cubierta de una fina película de sudor.

Buscó a Mabel Wenckel entre el público asistente. La joven estaba en primera fila, contemplando la escena con una leve sonrisa de superioridad reflejada en sus frescos y jugosos labios.

Kvist Schund abrió la carpeta y leyó:

—El día 28 de julio de 2122 fue registrado el asteroide A375-R80 a nombre de la *Astronáutical Mining Corporation* por el ingeniero Grist Ulhsen, en nombre y representación de la entidad citada…

Janna
K'mai
no pudo contener un movimiento de cólera.

—¡Qué canallas! —exclamó en voz baja.

—Contente, Janna —recomendó Marvin, tomándola por un brazo—. Todavía no ha terminado el juicio. Ahora declararemos nosotros.

—¡Ésas son mis pruebas! —exclamaba Ulhsen con gesto triunfal en aquel momento, sin dejar terminar a Schund.

Segovia miró al joven.

—¿Capitán Harristy? —dijo.

Marvin se puso en pie.

—Solicito que el encargado del registro lea mi inscripción del asteroide en litigio, formulada cuatro semanas antes, esto es, el día 30 de junio del año en curso. Solicito, asimismo, que el señor Schund exprese la ausencia de toda reclamación o inscripción anterior a la mía, con respecto al asteroide en litigio.

Soportó estoicamente la fría sonrisa que le dirigía Ulhsen. Pero ésta sonrisa se borró casi de inmediato cuando Schund, encargado del registro, confirmó las palabras del joven.

Olivaz no pudo contener una exclamación de alegría. Marvin se sintió en su interior satisfecho, pero, al mismo tiempo también muy preocupado. ¿Cómo había podido admitir Schund una inscripción existiendo ya otra sobre el mismo asteroide? Esto era algo contrario a la ley. Había esperado, después de escuchar a Ulhsen, que Schund manifestase que ellos no habían registrado el asteroide, lo cual le hubiese indicado, sin lugar a dudas, que la «M. W.» había comprado al empleado del registro, pero no había ocurrido nada de aquello. En realidad, al formular tal declaración, Schund se incriminaba a sí

mismo.

El rostro de Ulhsen perdió el color. La sonrisa se borró de los labios de Mabel Wenckel.

Hubo un momento de silencio. Después, el juez Segovia empezó a hablar. Su tono no tenía nada de amable al dirigirse al ingeniero.

—Señor Ulhsen, representa usted a una compañía de la cual se tienen muchas y no demasiadas buenas noticias acerca de los procedimientos que utiliza en el desarrollo de sus actividades. Hasta ahora, sólo habían llegado rumores hasta mis oídos: a partir de este momento, no podré decir que no tengo pruebas fehacientes y palpables de tales reprobables métodos que utiliza su compañía para conseguir beneficios ilícitos.

Segovia hizo una pausa. El silencio era casi tangible.

—Parece ser —siguió el juez, inflexible—, que hay algo turbio y oscuro en este asunto. No obstante, procuraré no ahondar más y ceñirme estrictamente a la demanda planteada. Vistas las alegaciones y pruebas presentadas, mi sentencia es ésta. Primero: Queda desestimada la demanda planteada por la *Astronáutical Mining Corporation*, más conocida por la «M. W.». Segundo: La parte demandante abonará a la demandada la suma de mil quinientos *solares* por daños y perjuicios, más los gastos de alojamiento en Aster City. Tercero: La parte demandante abonará los gastos y costos judiciales, las cuales se justipreciarán por los peritos correspondientes. Y cuarto y último punto de la sentencia: La ya citada «M. W.» abonará, por haber presentado una demanda a todas luces falsa y maliciosa, destinada a perjudicar, no sólo a un tercero que se declara inocente, sino al mismo espíritu de la justicia que preside este tribunal, la suma de tres mil *solares* en concepto de multa. Ésta sentencia será anotada en los libros oficiales correspondientes y se expedirán copias de la misma a donde proceda. Todavía no he terminado, sin embargo.

El silencio proseguía. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

—Es evidente que el empleado del registro se ha portado de una forma negligente, por no calificarla de maliciosa —continuó Segovia—. Este tribunal, vista la conducta de dicho funcionario, que no dudó en aceptar una inscripción, a sabiendas que ya se había formulado otra sobre el mismo asteroide, queda sentenciado a la

separación provisional del servicio, impidiéndosele todo ejercicio del mismo, hasta que sus superiores dictaminen sobre su caso. El ayudante del registro se hará cargo del mismo, hasta que sea enviado un nuevo jefe. —Segovia golpeó el tablero de la mesa con el mallete—. ¡Caso fallado!

Recogiéndose la toga, se puso en pie y se marchó, dejando estupefactos a todos cuantos llenaban el amplio salón del juicio.

Janna, loca de alegría, abrazó al joven. Aldon y Olivaz le palmearon las espaldas con fuerza.

—¡Bravo! ¡Hemos ganado! ¡Le hemos dado una buena paliza a los de la «M. W.»!

Pero Marvin apenas si escuchaba las frases de felicitación, no sólo de sus compañeros, sino también de otros mineros asistentes al juicio. Era la primera vea que la poderosa compañía salía derrotada en un acto legal y todos los asistentes sabían que el caso sería ampliamente difundido y más comentado todavía.

Los ojos del joven estaban fijos en Ulhsen. Éste hablaba en voz baja con el funcionario del registro, quien parecía completamente apabullado. Era evidente que Ulhsen estaba propinando a Schund una severa reprimenda, aunque Marvin no alcanzaba a conocer del todo los motivos de la misma. Sin embargo, se imaginó que las cosas no le habían salido a Ulhsen como esperaba y por ello estaba tan furioso con el encargado del registro.

Mabel Wenckel pasó por delante de ellos, con la barbilla alta y la vista al frente. Marvin. Quiso hablarle, pero se dio cuenta de que la joven no se dignaría siquiera responderle, al menos, en aquel lugar.

—Marvin —preguntó Aldon de pronto—. ¿Cómo pudo la «M. W.» cometer un error tan imperdonable?

—No lo sé —contestó el joven—. Todo esto me parece muy extraño, en efecto. Entiendo que Kvist Schund tiene algo —mucho— que ver con el asunto, pero no acabo de entender por qué si primero aceptó un soborno —que eso es la que debió ocurrir—, se desdijo luego. ¿Por qué no destruyó nuestro expediente de inscripción? Le habría sido facilísimo desprenderse de él, ¿no creéis?

—Hubiese arriesgado una docena de años de cárcel —observó Janna en tono reflexivo.

—No sé —dijo Marvin—. De todas formas, vamos a hacer una

cosa. Vosotros podéis ir a entrevistaros con Schund. Metedle el miedo en el cuerpo si es preciso, pero procurad sacarle todo cuanto sepa.

—¿Y tú? —preguntó Olivaz.

—Yo quiero hablar con la propietaria de la «M. W.».

—El ceño del joven se endureció. —Tengo unas cuantas cosas que decirle y no me iré de Aster City sin que me haya oído. ¡Hasta luego!

Salió del edificio del tribunal y se encaminó a pie hacia el mejor hotel de la ciudad, el denominado «Anillos Dorados». Por razones fácilmente comprensibles, la circulación rodada no existía bajo las cúpulas de Aster City. Apenas si había una docena de vehículos, que sólo se utilizaban en los casos más extremos: policía, bomberos y ambulancias. Pero aun así, el uso de los automóviles se restringía muchísimo. A menos que fuese un caso de verdadera urgencia, los vehículos permanecían en el garaje.

Como, es lógico, la gravedad en el asteroide sobre el cual se hallaba enclavada la ciudad era bajísima. Caminando a grandes saltos, hubiese podido recorrer la distancia que le separaba del hotel en pocos minutos, pero asimismo estaba prohibido tal género de locomoción, por lo que resultaba forzoso caminar al paso. Rezongando contra algunas de las leyes del espacio, Marvin trató de hacer que su paso fuese lo más rápido posible, sin despegar los pies del suelo en exceso. Había en proyecto un ferrocarril subterráneo, pero se trataba de una empresa de demasiada envergadura, tanto por el trabajo a realizar como por la parte económica. «Puede que nuestros nietos lo utilicen», pensó, resignado, mientras recorría las amplias avenidas de Aster City.

Cuarenta minutos más tarde, penetraba en el hotel donde se alojaba la muchacha. Divisó en el vestíbulo algunos de los empleados de la «M. W.», a quienes había visto en el tribunal rodeando a Mabel Wenckel, pero hizo caso omiso de las miradas hostiles que le dirigieron. Se encaminó al mostrador de la recepción y pidió el número de la habitación de la joven.

El hotel carecía de ascensor, como todos los edificios de Aster City. Mabel se hallaba alojada en una de las habitaciones del último piso. Una escalera de caracol, de extenso radio y amplios peldaños, ponía en comunicación el vestíbulo con los cinco pisos del hotel,

máxima altura permitida por las ordenanzas municipales de la ciudad. De todas formas, no era ejercicio fatigoso para un hombre joven y robusto, y menos con una gravedad que bordeaba la cincuentava parte de la normal. Un minuto más tarde, se encontraba llamando ante la puerta del apartamiento ocupado por la dueña de la «M. W.».

CAPÍTULO V


abel Wenckel en persona salió a abrirle. Durante unos instantes, los dos jóvenes se contemplaron en silencio.

Ella se había cambiado de ropa y vestía ahora un monopieza del último color de moda, «azul espacio», estrechamente ceñido a sus formas esculturales. Se había recogido el largo cabello dorado con una cinta del mismo color, pero salpicada de multitud de puntitos brillantes. Al principio, Marvin pensó que se trataba de lentejuelas, pero no tardó en observar que eran pequeños diamantes legítimos.

La mirada de la joven era dura, hostil.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó en tono poco amable.

—Hablar con usted unos momentos, señorita Wenckel. Todavía no he tenido ocasión de…

—Ni la tendrá —le atajó Mabel en tono brusco, con rostro arrebolado por la indignación—. ¡Buenos días!

E hizo intención de cerrar la puerta, pero Marvin detuvo su

gesto con firmeza.

—Creo que hablar no hace daño a nadie —manifestó—. Y menos a usted. Por el contrario, si discutiéramos un poco, sin tirarnos ningún jarrón a la cabeza, naturalmente, creo que ambos saldríamos ganando bastante, No vengo a insultarla ni a refocilarme con mi triunfo, sino sólo a hablar con usted, repito.

Mabel pareció ablandarse.

—Está bien, pase. Pero procure ser breve, capitán Harristy.

—Oh, claro que sí —contestó él. Cerró la puerta y caminó hasta el centro de la pieza, situándose frente a Mabel, que se había sentado, cruzando los brazos sobre el pecho, y la pierna derecha sobre la izquierda, en actitud despegada—. Se trata, tan sólo de hacer algunos comentarios sobre el juicio que ha tenido lugar hace menos de una hora.

—Ya se ha celebrado, ya se ha fallado y en su favor, precisamente, ¿qué más puede usted, por tanto desear de mí? —preguntó ella, recelosa.

—Que me conteste a algunas preguntas —dijo él en tono audaz. Tomó una silla y se sentó a horcajadas; frente a Mabel—. Por ejemplo, ¿cómo se les pudo ocurrir la insensatez de solicitar un registro de pertenencia, cuando ya se había efectuado con anterioridad?

Mabel descruzó brazos y piernas y se irguió un poco. Luego se reclinó de nuevo en el diván.

—Yo no sabía que estuviese hecha ya la denuncia de aquel asteroide —contestó.

—Le concederé el beneficio de la duda. Usted no lo sabía. Pero ¿y su ingeniero en jefe?

Mabel se mordió los labios.

—Supongo que también —contestó con voz insegura.

—No sea tonta —le reprochó él con aspereza—. ¿Cómo puede soñar siquiera en que yo me crea semejante respuesta? Ulhsen es un tipo demasiado listo para hacer una denuncia y formular un registro, sabiendo que otro lo había hecho ya antes. ¿Acaso no se dio cuenta de la reprimenda que estaba echando en el tribunal, después del juicio, al funcionario del registro? Los dos son escandinavos; ¿no le dice esto nada, señorita Wenckel?

Mabel enrojeció un poco.

—Pudo tratarse de un error… —Su voz continuaba teniendo tonos vacilantes.

—No, no se trata de un error, y usted lo sabe mejor que nadie. Claro está, Ulhsen es su segundo en la compañía y debe defenderlo. Pero no se puede defender a un hombre que realiza semejantes trapacerías, por muchos beneficios que proporcione a la empresa. A menos, por supuesto, que se posea la moral de un caimán Usted sabrá qué clase de moral es la suya —concluyó finalmente.

La joven se irguió en el asiento.

—Siempre creí que teníamos pleno derecho a la posesión y explotación del asteroide —manifestó.

—En tal caso, si he de creer sus palabras, usted ignoraba por completo lo que había hecho su ingeniero. Es decir, pensaba lo que acaba de decir, que mi asteroide era suyo.

Mabel se mordió los labios.

—Sí —admitió en voz baja.

—Lo cual significa que el tipo de la moral de caimán es Ulhsen.

Hubo una pequeña pausa de silencio. Mabel se sentía muy confundida y Marvin no pudo por menos de advertirlo.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó él.

—No lo sé. No tengo la menor idea. Me dijo que habían descubierto y denunciado un asteroide, muy rico en minerales valiosos, y añadió que deseaba que yo le echase un vistazo. Me advirtió también que era posible que algún desaprensivo hubiese tratado de destruir nuestra señal de denuncia, por lo que sería conveniente que llevásemos algunos hombres como refuerzo, por si se producía un choque, pero ya no sé más. Excepto, claro, lo que ha sucedido hoy en el tribunal.

—Habrá podido darse cuenta de que Ulhsen es un fresco. ¿Cuánto tiempo lleva al servicio de su compañía?

—No lo sé. Quince, veinte años… Siempre le he conocido como ingeniero jefe. Era el brazo derecho de mi padre y cuando éste murió, hace cuatro años, yo le confirmé en el cargo.

—La mala fama de su compañía no es una garantía precisamente para sus futuras operaciones en esta zona de asteroides, señorita Wenckel. Es posible que usted sea ajena a ello, en buena parte, pero no es menos cierto que debió haber vigilado a su ingeniero jefe con más celo.

—Mi padre confiaba en él. ¿Por qué no iba a hacer yo lo mismo? —arguyó la joven.

—¿Va a decirme que no conocía la mala fama de la «M. W.»?

Mabel desvió la vista a un lado.

—El poderoso siempre tiene enemigos —contestó, eludiendo una respuesta concreta.

—Cierto, pero usted debió haberse preocupado de investigar a qué se debía esa mala fama: si sólo a la fuerza de la empresa o bien a los procedimientos empleados. No lo hizo… y ahora empieza a pagar las consecuencias. El juez Segovia ha dictado una sentencia que hará época; hasta ahora, la «M. W.» había triunfado siempre en sus pleitos… cuando sus rivales habían conseguido llevar a la empresa ante un tribunal y no habían preferido abandonar, para evitarse sufrir una derrota de peores consecuencias. En lo sucesivo, las cosas no rodarán mejor para usted, se lo aseguro.

Ella le miró en silencio, irresoluta, vacilante. Marvin se puso en pie.

—¿No se le ha ocurrido preguntarse por qué Ulhsen tenía tanto interés en mi asteroide? —preguntó.

—Él dijo que era un yacimiento muy rico…

Despacio, Marvin introdujo la mano en uno de los bolsillos de su camisa y extrajo el diamante que había hallado su compañero.

—Tome, mírelo.

Mabel se puso en pie. Cogió con dos dedos el brillante y lo examinó, con gran atención durante algunos momentos.

—¡Dios mío! ¡Es auténtico! —exclamó.

—Así es. Un diamante que vale un Potosí. —Marvin sonrió—. Si no hay más, no merece la pena, y si hay más, ya encontraré otros, así que puede quedárselo y ordenar que le encarguen una sortija o la joya que mejor le apetezca. Mientras el tallista lo convierte de diamante en brillante facetado, quizá usted encuentre la explicación del porqué Ulhsen ambicionaba mi satélite.

Y se dirigió hacia la puerta.

Pero ella echó a correr y le alcanzó antes de que se marchase.

—No se vaya todavía, capitán —dijo, mirándole anhelante—. En primer lugar, quiero devolverle el diamante…

—No gracias; ya dije antes que es suyo —insistió.

Rechazó la mano de ella con suave firmeza y se dispuso a salir.

—Está bien. —Mabel se esforzó por sonreír—. Quería añadir que ignoraba en absoluto las maquinaciones de Ulhsen. Creía a pie juntillas que teníamos todos los derechos sobre el asteroide.

—Ya pudo ver que no fue así. Ulhsen debió comprar, en mi opinión, al empleado del registro, pero, por razón que desconozco, Schund se arrepintió en el último instante, aun a sabiendas de que su declaración iba a acarrearle un grave perjuicio. No le extrañe —concluyó—, que muchas de las pertenencias de la «M. W.» hayan sido obtenidas por ese medio.

La mirada de la joven se inflamó.

—Hablaré con él claramente y…

Se interrumpió. Alguien acababa de llamar a la puerta.

Marvin y Mabel se miraron el uno al otro. El joven se despidió y abrió.

La imagen del descomunal Grist Ulhsen apareció en seguida ante sus ojos. Al verle, el ingeniero se descompuso.

—¿Qué demonios está usted haciendo en esta casa? —vociferó.

—No creo que sea usted la persona más indicada para pedirme cuentas de mis actos —respondió Marvin, Sin inmutarse—. Yo no pertenezco a la «M. W.», si es eso lo que usted quería saber —agregó con punzante ironía.

Ulhsen posó sus ojos sobre Mabel.

—Me imagino que este tipo le habrá estado contando los mil y un embustes, ¿no es así? —rugió Ulhsen.

Mabel se quedó parada un momento. Luego reaccionó:

—No se necesita escuchar ningún embuste para saber que usted me ha hecho hacer el mayor de los ridículos ante el tribunal —contestó.

—¡No es mentira! —aulló el ingeniero—. Lo que sucede es que este desvergonzado compró al empleado del registro. Así pudo derrotarnos y quedarse con el asteroide. Me lo ha confesado el propio Schund, por si no me cree usted, señorita Wenckel.

Marvin se quedó parado ante la desfachatez de Ulhsen. Por un momento, su asombro fue tal, que no supo qué contestar.

Ulhsen rió con estridentes tonos.

—¿Lo ve usted, señorita? La mentira se refleja en su rostro. De momento, nos venció ante el tribunal, pero yo le aseguro que estoy dispuesto a llevar el caso ante el Supremo de la Tierra, ya lo creo

que sí. Schund ha prometido que declarará todo cuanto sabe, si nosotros le ayudamos a obtener una sentencia benigna. ¿Qué me dice usted a eso, señorita Wenckel?

La joven se turbó. Miró a Marvin con expresión de absoluto desconcierto.

El joven decidió tomárselo con calma, aunque por dentro hervía en cólera.

—Piensen lo que quieran —dijo—, pero la verdad no es más que una. Por otra parte, aunque usted lleve el caso al Supremo, tendrá que llevar mi expediente al nuevo juicio. Si es el auténtico, fallará a mi favor. Si lo falsifica, para comprometerme, los expertos dictaminarán quién cometió la falsificación… una de las primeras cosas que usted tendrá que hacer será imprimir mis huellas dactilares en los documentos del supuesto expediente falsificado. El Supremo, por mucho que usted diga, no será demasiado benevolente con Schund, cuando, siendo un funcionario jurado, rompió su juramento y permitió tal falsificación. Total —concluyó—, que por mucho que intente, siempre llevará las de perder, Ulhsen. Y ahora, señorita Wenckel, con su permiso…

—¡No tan de prisa! —bramó el ingeniero—. Antes de que salga de aquí, voy a darle una lección que no olvidará jamás. —Blandió un puño enorme—. ¿Ha sentido usted alguna vez la caricia de un puño como éste? —rió con fuerza—, pues ¡prepárese, porque pronto va a recibirla!

Marvin se estremeció. Era fuerte y robusto, pero ni siquiera podía compararse con un hombre como Ulhsen quien, a pesar de hallarse en la cincuentena, todavía conservaba la potencia de sus años juveniles. Ulhsen lo pasaba casi quince centímetros de altura y treinta kilos de peso. No era difícil, pues, prever de qué lado se iba a decantar la victoria.

El puño de Ulhsen se disparó hacia delante con poderoso ímpetu. Pero a mitad de camino se detuvo bruscamente.

El rostro de Ulhsen se deformó a impulsos de un extraño dolor. Un fuerte aullido se escapó de sus labios. Retrocedió y vaciló, agitándose de una manera incomprensible.

Marvin no entendía lo que pasaba a su enemigo. Pero sí sabía una cosa: debía actuar antes de que fuese demasiado tarde. Saltó hacia delante y proyectó su puño contra la mandíbula del ingeniero.

Cuando terminaba el gesto, notó que su impulso se duplicaba. Le pareció que unas manos se apoyaban en sus hombros para acentuar la fuerza del impacto, pero no podía entretenerse en disquisiciones en un momento tan importante.

Sonó un crujido seco y Ulhsen se desplomó redondo al suelo, perdido el conocimiento a consecuencia del formidable golpe recibido.

Marvin se volvió hacia la muchacha y le dijo:

—Gracias por su ayuda, señorita Wenckel.

Ella le contempló con expresión de infinita sorpresa.

—¿A qué ayuda se refiere usted, capitán Harristy?

Marvin respingó.

—¡Cómo! ¡No ha sido usted la que…!

Se mordió los labios, mirando a su alrededor con expresión irresoluta. Una súbita sospecha acababa de formarse en su mente, pero no quiso expresarla en voz alta.

—Le ruego me dispense —farfulló—. Y, piense lo que quiera, pero esté segura de que yo no le he pagado un solo décimo de solar a Schund para que diga lo que no es verdad. Si no me cree, pida un examen de ni expediente por unos expertos calígrafos; eso acabará de convencerla de la mala fe de su ingeniero.

Cuando abrió la puerta, ella no le había contestado todavía.

CAPÍTULO VI



ientras guiaba el astrobote auxiliar de la «Gamma T.», en el cual se habían desplazado hasta Aster City, Aldo meneó la cabeza.

—Os digo que cada vez entiendo menos este endiablado asunto.

Olivaz se hallaba tumbado en un sillón, con una armónica en las manos.

—Está resuelto, así que no te rompas más la cabeza, Paul. El asteroide queda ya muy cerca; no cometas una torpeza por pensar demasiado en algo ya quedó resuelto de una vez.

—Paul tiene razón —dijo Janna, también muy pensativa—. No se comprende que Schund aceptase el soborno y después se desdijera en el tribunal. Algo raro le debió ocurrir, ¿no lo piensas tú también así, Marvin? El joven no contestó. Su mente estaba en otro sitio. En aquellos instantes, recordaba el empujón que había recibido y que, duplicando su impulso, le había hecho derribar a Ulhsen con toda facilidad. Mabel Wenckel había afirmado no ser

ella la autora del empujón, pero él había sentido en su espalda con toda claridad la presión de unas manos.

Realmente, ¿habían sido unas manos humanas?

Recordó a los «sovyanks».

Hacía muchísimos años que se conocía la existencia de tales seres. Los primeros en descubrirlos, prácticamente de una manera simultánea, fueron los exploradores espaciales americanos y rusos, de esto hacía ya casi cien años, cuando llegaron a aquella zona de asteroides.

La existencia de los «sovyanks», de los cuales, en ocasiones, se había llegado a dudar, había levantado una ardorosa polémica que aún perduraba. Nadie los había visto, ninguno podía ufanarse de haber contemplado de lejos o de cerca a un «sovyank», pero era raro el minero del espacio que no había palpado sus efectos, de una forma u otra. Los «sovyanks» tenían el humor variable y acomodaticio; nunca se podía predecirlo qué iban a hacer, pero una cosa era segura: cuando la tomaban con uno, más valía abandonar la partida en el primer minuto. Cualquier resistencia sólo servía para exacerbarles y, aunque no se conocía de ningún minero que hubiese muerto por sus acciones, lo cierto era que aquél a quien tomaban antipatía, no podía resistirles de ninguna forma y debía evacuar el asteroide que había ocupado.

El nombre también tenía un origen muy curioso. Descubiertos, como se ha dicho, por los primeros explotadores americanos y rusos, se había producido una larga discusión: unos les daban un nombre y otros les llamaban de una forma distinta. La discusión había trascendido incluso a las páginas de la prensa ligera, hasta que un chusco tuvo la ocurrencia de apocopar las dos palabras, soviéticos y yanquis, y formar una sola, que era con la que en la actualidad se conocía a los seres misteriosos del espacio.

¿Había actuado algún, «sovyank» en su favor?, se preguntó el joven.

Todo lo sucedido parecía abonar su hipótesis, empezando por el hallazgo del diamante, que no tenía ninguna explicación, ya que había aparecido a flor del suelo, sin necesidad de excavación alguna. La rectificación del funcionario del registro, el puño de Ulhsen frenado súbitamente, el empujón que había recibido…

Pero ¿cómo era posible que unos seres viviesen en pleno

espacio, sometidos a un vacío absoluto, con unas temperaturas aterradoras y sin la protección de una escafandra espacial?

Una mano le golpeó con fuerza en el hombro.

—Eh, despierta, capitán —exclamó Olivaz—; es hora de aterrizar ya.

Marvin se puso en pie, como si despertase de un sueño, y miró asombrado a través de la lucerna. La «Gamma T.» se hallaba a unos veinte metros escasos de distancia. El astrobote se había posado sobre la superficie del asteroide, al cual había sido anclado por medio de los arpeos mecánicos.

—¿En qué pensabas, Marvin? —preguntó Janna con voz acariciadora.

El joven miró a la hermosa africana durante unos momentos. Apenas se hubiese podido afirmar su origen, no ser por el color de su piel, que más parecía de un dorado brillante. Dentro de la indudable exuberancia de sus formas físicas —senos amplios y arrogantes, estrecha cintura y rotundas caderas—, su misma elevada estatura le confería una gracia y una esbeltez, que muy pocas mujeres estaban en condiciones no ya de superar, sino de igualar tan siquiera. Acaso la única que podía compararse con ella era la propia Mabel Wenckel.

Los blanquísimos dientes de Janna K'mai despidieron un vivo destello al sonreír.

—No me contestes —acudió en tono malicioso—. Estabas pensando en Mabel Wenckel.

Marvin se puso colorado. Janna se echó a reír y le oprimió el brazo cariñosamente.

—Anda, ve a ponerte la escafandra de vacío.

Salieron del astrobote y se entregaron al trabajo.

* * *

Una semana más tarde, tenían montada la esclusa.

La mitad superior de las compuertas era de grueso vidrio, con el fin de poder ver lo que sucedía en el exterior. Montaron cuatro literas para el descanso y un almacén de víveres, así como de las herramientas de uso más corriente. El resto quedaría en la «Gamma

T.», que continuaba anclada al asteroide.

Una vez hubieron terminado de instalarse, establecieron un plan de trabajo, así como el turno que debería quedarse en el asteroide los fines de semana. El viaje hasta Aster City era fácil y no exigía tiempo, de modo que estimaban lógico que, después de cinco días de intenso trabajo, dos de ellos podrían ir a la ciudad a divertirse un poco. Era martes, de modo que hasta el sábado siguiente por la mañana no estarían en condiciones de marchar los dos elegidos por la suerte, Aldon y Janna.

Antes de acostarse, Marvin hizo una cosa extraña. Se vistió el traje de vacío, tomó una lata de peras en almíbar y se dirigió hacia la esclusa.

—¿Adónde vas? —Fue la pregunta general de sus tres compañeros.

—Fuera, a dejar un obsequio para los «sovyanks». —Sonrió ampliamente—. Los antiguos dejaban presentes a los duendecillos que cuidaban de su hogar y de sus campos, a fin de tenerlos contentos y granjearse su amistad. Nosotros, estimo, también tenemos nuestro *genius loci* y es preciso cuidarle.

—¡Estás chiflado! —mascculló el portugués, enojado y divertido por lo que estimaba era una tontería de su amigo.

Pero el joven no hizo caso y llevó la lata al borde superior opuesto de la hondonada, dejándola sobre una roca, de modo que quedase bien visible, incluso desde la esclusa. Luego regresó y después de cenar, se acostó, como todos.

A la mañana siguiente —seguían el horario terrestre—, desayunaron y se equiparon con los trajes de vacío. Su primer paso debía ser instalar la excavadora mecánica en el punto elegido para iniciar la explotación. Caminando en fila india, emprendieron el ascenso por la pendiente del cráter.

Minutos después, llegaban al borde.

—Tu obsequio sigue ahí —dijo Aldon, riendo—. Los «sovyanks» parece que no le han hecho mucho aprecio.

Marvin volvió la cabeza, pues estaban pasando a unos metros de distancia de la lata de conservas. En seguida, una exclamación se escapó de sus labios.

—¡Mirad! —gritó, sin poder contenerse.

Los cuatro salvaron de un salto la distancia que les separaba de

la lata. Sobre la tapa superior de ésta, cuatro diamantes, aún mayores que el que Marvin había regalado a Mabel Wenckel, despedían vivísimos destellos.

—¡Dios mío! —exclamó Janna, arrobada ante el refulgente espectáculo de las gemas.

Después se produjo un espacio de silencio. Lentamente, casi reverencialmente, Marvin se inclinó y tomó con dos dedos uno de los diamantes.

Se estremeció. ¡La gema estaba tallada!

Miró a sus compañeros. Pese a los protectores de vidrio polarizado, los rostros expresaban asombro y desconcierto.

—Tenías razón —dijo Aldon, cuando se hubo recobrado, en parte, de la estupefacción que sentía—. Hay un *genius loci* que cuida de nosotros.

Marvin. Había contado detalladamente lo que le había sucedido con Ulhsen. Sus amigos no habían querido creerle.

—Ahora os daréis cuenta de que dije la verdad.

—Es cierto —convino Olivaz—. Pero ¿nos acompañó hasta Aster City?

—No puedo, hablar sino de lo que sé —respondió él—. Y ahora, lo que sé, es una cosa: el «sovyank» ha dejado cuatro diamantes idénticos. Somos cuatro, así que ya sabéis a cuánto tocamos.

—Jamás una lata de peras en almíbar fue mejor pagada —exclamó Janna riendo.

—Y sin haber sido consumida —añadió Aldon.

Marvin frunció el ceño.

—¿Estás seguro? —dijo.

Se inclinó, tomó la lata y la volvió del revés.

Una exclamación de asombro se escapó en seguida de todos los labios.

¡La lata, a la cual faltaba por completo una de sus dos tapas circulares, estaba totalmente vacía!

Aldon fue el primero en resumir la situación.

—Oí decir que los gnomos eran siempre muy golosos y aficionados a la miel y al azúcar.

Marvin soltó la lata, que empezó a caer con lentitud. Pese a que las acciones del «sovyank» —¿o eran más de uno?— indicaban hacia ellos una actitud de extremada benevolencia, se sentía

preocupado.

—Continuemos trabajando —dijo en tono seco.

Pero a la «noche» dejó otra lata de piña en su jugo.

Al reanudar el trabajo, al día siguiente, encontraron la lata vacía. Sin embargo, no había diamantes, lo cual no dejó de defraudarles un tanto.

—No seamos, ambiciosos —recomendó Janna—. En lo que a mí se refiere, me doy más que satisfecha con el diamante que me tocó en suerte. No lo venderé, pero estoy segura de que en la Tierra me darían por lo menos veinticinco mil *solares*, sin esforzarme demasiado.

La hermosa africana tenía razón. De pronto, cuando ya se iban a marchar, Marvin advirtió unas rayas en la brillante superficie de la tapa del bote de conservas.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Las rayas no parecían ningún grabado a troquel procedente de la fábrica. Colocó la lata de modo que incidieran en ella los rayos del sol y se pudieran estudiar los rasguños, que parecían hechos con un punzón metálico, de una manera más fácil.

Entonces, leyó una palabra de siete letras que le dejó estupefacto.

¡*Cuidado*!

CAPÍTULO VII



urante el jueves y viernes siguientes no ocurrió nada. Las latas que habían dejado como presente para los «sovyanks» permanecieron intactas, sin que los misteriosos seres hubiesen dejado tampoco nada como devolución del obsequio que los astronautas dejaban cada noche en la roca.

Los nervios de los cuatro astronautas estaban tirantes. No temían nada de los «sovyanks», pero su extraña actitud les tenía un tanto soliviantados, máxime si se tenía en cuenta la advertencia que, de manera inconfundible, habían grabado en la tapa del bote de conservas.

Todos los cálculos que hacían no eran más que simples especulaciones. Por las tardes, al concluir el trabajo, se enzarzaban en una serie de interminables discusiones, que sólo servían para proporcionarles grandes dolores de cabeza. La incógnita y él misterio continuaban todavía y no parecía que fueran a resolverse en un plazo próximo.

El viernes, cuando estaban a pocos minutos del final de la tarea cotidiana, llegó el sargento Benedetti en su nave de patrulla.

Ninguno de ellos se sorprendió de la aparición del policía. Éstos solían girar inspecciones que, en la mayoría de los casos eran pura rutina, pero en esta ocasión, aun a través del casco, pudieron captar la expresión de seriedad que latía en el rostro de Benedetti, de ordinario hombre amable y sonriente.

—Tengo que hablarles a todos —dijo.

Marvin asintió.

—Será mejor que vayamos a la cueva —propuso.

Janna se había retirado minutos antes, con el fin de preparar la cena. Se alegró mucho de ver al sargento y le estrechó la mano con verdadera efusión. Benedetti le arrojó un par de miradas de carnero degollado que hicieron brotar los colores del rostro de la hermosa africana, pese a su tono tostado. Realmente, desprovista de la escafandra, cubierto su esbelto cuerpo con un breve atavío, debido a la excelente temperatura que reinaba en el interior de la oquedad, Janna aparecía muy atractiva.

—Bueno. —Marvin palmeó las anchas espaldas del policía—, déjese de contemplar a la ingeniero y háblenos. ¿Qué es lo que ocurre?

Benedetti volvió el rostro hacia el joven.

—Mabel Wenckel ha despedido a Ulhsen.

Marvin dejó escapar un largo silbido.

—Así que se dio cuenta, por fin, de que granuja la estaba engañando.

—Parece ser que sí. No he podido captar cuáles han sido los motivos del despido. Digo lo que escuché hace poco en un boletín de noticias de la emisora local. Como pueden comprender, el despido de Ulhsen, después de veinte años de trabajo para la «M. W.» es algo sensacional.

—¡Y tan sensacional! —exclamó Janna vivamente—. La compañía llevaba el nombre de la chica, pero, en realidad, era Ulhsen quien mangoneaba a su antojo.

—¿Sucedió algo más, sargento? —preguntó Olivaz.

—Sí. Ulhsen ha constituido su propia empresa minera, la «Astromin».

—Debe tener un buen capitalito ahorrado —sugirió Aldon.

—Es posible —convino Benedetti—. Lo que quería decirles es que tengan mucho cuidado. Mabel Wenckel se ha dado cuenta a tiempo qué clase de pájaro es Ulhsen, pero esto no quiere decir que ese granuja no continúe con sus procedimientos totalmente reñidos con la ética.

—Si viene aquí, le haremos un buen recibimiento —prometió Olivaz en tono belicoso.

—Ulhsen no es de los que dan la cara, al menos para asuntos graves. No digo que no haya partido las narices a más de un minero y hasta a diez, si me apuran ustedes; pero todo esto ha sido en peleas de tipo tabernario —manifestó el patrullero—. Cuando se trata de arrebatar una pertenencia a un minero, emplea medios bien distintos a los puños y, por supuesto, más eficaces. Ustedes son los únicos que han conseguido derrotarle, aún no me explico cómo —concluyó el buen Benedetti.

—Es que tenemos a un «sovyank» como aliado —dijo plácidamente Marvin.

Benedetti le miró extrañado. Entonces, Marvin le enseñó el brillante y le relató todo cuanto le había sucedido. Con los «sovyanks».

El patrullero se persignó.

—¡Jesús, Jesús! —repitió varias veces—. Esto parece cosa de brujería.

—En todo caso, de la buena —saltó Janna—. Paolo; ¿conoce usted a un buen joyero en Aster City? No somos nosotros los primeros en encontrar un buen diamante, aunque nunca tan grandes como los nuestros ni regalados e incluso tallados por un «sovyank».

—Sí —contestó Benedetti—. Meyer Landowski es buen amigo mío. ¿Quiere que le diga algo?

—Un momento —terció Marvin—. No me gustaría que esta historia saltase a las primeras páginas… Bueno, ya me entiende. Quiero decir que no sería conveniente que la hiciésemos pública. No es preciso indicar a Landowski el origen de estos diamantes, Janna, tú lo que quieres es un peritaje acerca de su valor, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Pensaba hacerlo mañana, durante mi fin de semana.

—Yo vuelvo ahora a Aster City. Ya he terminado mi servicio de

patrulla. —Benedetti sonrió—. También dispongo de dos días libres. Puedo ayudarle, Janna.

La joven se ruborizó.

—Desde luego. ¿Hay sitio para mí en su patrullero?

—Oh, claro que sí —respondió Benedetti sin poder ocultar su alegría.

Aldon dijo que quería ir también. A fin de cuentas, los dos que se quedaban allí, podían tener necesidad del astrobote.

Momentos después, Janna, Aldon y el policía se encaminaban en dirección al astrobote. Al verlos partir, Janna y Benedetti emparejados, Olivaz emitió un profundo suspiro.

—No sé por qué —dijo—, empiezo a pensar en campanas de boda.

Marvin sonrió, pero no dijo nada. Realmente, además de muy hermosa, Janna era una buena chica y Benedetti había mostrado su rectitud de espíritu en el comportamiento que había tenido con ellos días atrás. Si congeniaban harían una espléndida pareja; el color de la piel era algo superado ya hacía años.

Al día siguiente, puesto que tenían descanso, no madrugaron. Marvin estuvo durmiendo hasta más tarde de lo acostumbrado. Cuando despertó, vio que Olivaz había preparado ya su desayuno. Se levantó y aseó rápidamente y se puso a comer.

Cuando estaba terminando, oyó unos golpes en el exterior. Asombrado, pues no esperaba a nadie y suponía que Benedetti habría emitido el informe de su visita rutinaria, por lo que no era lógica la presencia de ningún patrullero en el asteroide, volvió la vista. Había alguien al otro lado de la esclusa, que golpeaba el vidrio con un objeto metálico.

Dejó a un lado la taza de café y se puso en pie.

—¿Quién diablos será? —preguntó el portugués, extrañado.

La distancia entre las dos compuertas resultaba excesiva para que se pudiera divisar con claridad el rostro del recién llegado. Primero abrió, por control remoto, la compuerta externa y el desconocido pasó a la esclusa.

La compuerta exterior fue cerrada. Bombeó aire a la cámara y cuando el manómetro señaló una presión normal, abrió la compuerta interior. Entonces, el astronauta cruzó el umbral y Marvin pudo reconocerlo.

—¡Señorita Wenckel! —exclamó.

Ella, no le oía a causa del casco. Marvin ayudó a quitárselo. Al quedar descubierta, agitó la cabeza para ahuecar un poco sus rubios cabellos.

—¿Qué tal, capitán? —saludó, estrechándole la mano.

—Encantado. Y muy sorprendido, señorita Wenckel —contestó él—. Éste es Juanito Olivaz, uno de los miembros, del grupo.

—¿Cómo está? —dijo Mabel.

—Nos alegra mucho tenerla por aquí, señorita —sonrió el portugués—. Si no tiene inconveniente, le prepararé una taza de café.

—Muchas gracias —sonrió ella, sin demasiado entusiasmo.

Marvin entendió que la joven estaba muy preocupada, aunque por discreción se abstuvo de decir nada. Harto suponía que ella misma lo diría, ya que no era lógico suponer que se había desplazado desde Aster City solamente para hacerles una visita de cortesía.

—Venga y siéntese. —La condujo hasta un cajón de víveres—. Deberá excusamos por el mobiliario —sonrió.

—No tiene importancia —contestó ella, mirándole de frente—. ¿Ya se ha enterado de las últimas noticias referentes a la «M. W.»? —preguntó de pronto.

—Ayer estuvo el sargento Benedetti —contesto él. Y luego añadió—: Parece que le ha costado algún tiempo llegar a una decisión con respecto a su ingeniero jefe.

El rostro bellísimo de la muchacha se cubrió de sombras.

—Estuve varios días indecisa. Al fin, me decidí a interrogar a Schund.

—Una buena idea, evidentemente —convino él con voz neutra.

Olivaz llegó en aquel momento con una pera de plástico que contenía café caliente. Dada la casi nula gravedad del satélite, resultaba preciso tomar los líquidos a jeringazos.

Mabel tomó unos sorbos de café. Luego dijo:

—Me costó bastante convencerle. Al fin, hube de recurrir al medio clásico.

—Dinero —dijo el portugués.

—Exactamente. Yo no podía extorsionarle por la violencia, así que le enseñé un cheque por valor de cinco mil *solares* y Schund

habló. Me contó algo verdaderamente extraño.

La mirada de Mabel se hizo de pronto indecisa.

—Dijo —continuó— que, en efecto, en un principio, aceptó la proposición de Ulhsen. Luego, cuando ya se disponía a acudir al tribunal, una fuerza que no podía resistir, le impulsó a declarar la verdad… bueno, ustedes vieron y oyeron lo que pasó. Pero ¿no les parece extraño que, después de haber aceptado el soborno de Ulhsen, obrara en sentido contrario a como esperaba mi ingeniero?

—Ya hablaremos de eso más adelante —contestó el joven, frunciendo el ceño—. Ahora, siga con su relato.

—Pues… no hay mucho más que decir. Llamé a Ulhsen y le despedí. Ante notario, por supuesto, para qué no hubiese lugar a dudas.

—¿Qué dijo Ulhsen?

—Nada. Se lo tomó con mucha filosofía. Dijo que estaba bien, firmó los documentos pertinentes, aceptó la indemnización de despido y se marchó. Ahora ha constituido su propia compañía minera, a la que llama «Astromin».

—Sí, Benedetti nos lo dijo también —contestó Marvin.

Mabel vaciló unos instantes. Bajó los ojos y volvió a levantarlos.

—No vine sólo para contarle esto, capitán Harristy —dijo, titubeante.

—¿Y…?

—Quería ofrecerle el puesto de ingeniero jefe en mi compañía —se decidió Mabel al cabo—. El sueldo sería de mil doscientos *solares* mensuales, más primas por prospecciones y porcentajes en los beneficios anuales. Ulhsen solía obtener, por este último concepto, alrededor de cincuenta mil *solares* al año.

Marvin se frotó la mandíbula. Miró a Olivaz, pero el rostro del portugués aparecía inescrutable.

—La proposición es magnífica, señorita Wenckel —dijo él al cabo—. Y me siento agradecido y honrado por haberse acordado usted de mí.

—Pero no puede aceptar, ¿verdad? —dijo ella, desilusionada.

—Bien, tengo tres compañeros con los cuales firmé un trato hace tiempo y a quienes, honradamente, no puedo abandonar.

—Además —añadió Mabel—, tengo entendido que este asteroide posee una veta magnífica de tungsteno, Para ustedes es la riqueza.

—Ciertamente. Y hemos luchado demasiado para conseguir hallar un filón productivo —manifestó el joven.

Mabel hizo un gesto de desaliento.

—Es una lástima. Solicité informes de usted y los que obtuve fueron inmejorables. Pensé que podría ser el hombre que necesita la «M. W.». Yo puedo dirigir la parte de relaciones públicas, así como supervisar la administración, pero mis conocimientos de minería espacial son muy superficiales. Además, es el único que se ha enfrentado con Ulhsen, sin temerle en absoluto. Ignoro cuál sería la reacción de otro individuo cualquiera, en un caso comprometido.

—Eso significa que teme a Ulhsen.

—A decir verdad, sí —admitió la joven—. Confieso que presiento alguna mala pasada de mi ex ingeniero jefe.

—Bien —terció Olivaz de pronto—, todo se puede arreglar en este mundo. Capitán, tú puedes ayudar a esta chica tan bonita. Ahora, la explotación del asteroide está en marcha y nosotros nos hallamos en condiciones de seguir trabajando solos.

Mabel le miró esperanzada.

—¿Qué resuelve usted, capitán? —preguntó.

—No puedo hacer nada sin el consentimiento de los otros dos —respondió él—. Esperaremos al lunes y entonces podré darle una respuesta definitiva.

—Ellos dirán que sí —afirmó Olivaz.

Mabel sonrió.

—Muchas gracias. La verdad es que me encuentro muy apurada.

—Un hombre no lo es todo en una empresa tan poderosa como la suya, señorita —apuntó Marvin.

—Cierto, pero, puesto que la «M. W.» necesita un ingeniero, jefe, ¿por qué no elegir al más capacitado? —arguyó ella con lógica irrebatible.

—¿Lo soy yo? —sonrió Marvin.

—Para mí, desde luego —aseguró la joven. Y, de pronto, enrojeció.

Hubo un momento de silencio. De repente, Mabel introdujo su mano en el bolsillo del traje de vacío y sacó un objeto que brillaba.

—Le devuelvo su diamante, capitán. No puedo aceptarlo expresó.

Marvin sonrió.

—Puede quedárselo con toda tranquilidad. Nosotros tenemos uno cada uno y tallado. Véalo.

Le enseñó el que los «sovyanks» les habían dejado sobre la cubierta del bote de conservas.

Mabel lanzó una exclamación de asombro.

—¿De dónde lo ha obtenido usted? ¡Además, está tallado!

—Tenemos un amigo diamantista —contestó Marvin, sonriendo—. Nos dará más cualquier día de éstos. Quédeselo con toda tranquilidad, se lo ruego.

Mabel le miró extrañada.

CAPÍTULO VIII



oco más tarde, salían de la cueva, acompañando a la joven. Mabel obtuvo la promesa de que el joven iría a visitarla el lunes, con la respuesta definitiva.

Al llegar al punto donde había dejado su astroyate, situado en una eminencia de cúspide plana, desde la cual se divisaba una vasta extensión de terreno, Mabel paseó la mirada en torno suyo.

—¿Nos están observando ahora? —preguntó a media voz.

—Es lo más probable —admitió él—. Pero eso no debe preocuparle en absoluto. Los «sovyanks» que habitan en este asteroide son buenos.

—Lo cual no deja de ser una suerte para ustedes.

Callaron un momento. El panorama que se divisaba desde allí era fascinante. Millones de estrellas taladraban con sus puntos luminosos la eterna noche del espacio. Más próximos, los asteroides ocultaban a veces algún trozo de cielo con su masa pétrea; había algunos de gran tamaño, relativamente cerca, observables a simple

vista. La mayoría de ellos estaban ocupados por mineros que explotaban sus riquezas.

—Adiós, hasta el lunes —dijo ella de pronto, estrechándole la mano.

Montó en el astroyate y partió. Marvin y Olivaz contemplaron, en silencio, cómo la nave se perdía de vista rápidamente.

—Te han hecho una buena propuesta, capitán —dijo el portugués—. ¿Aceptarás?

—Estaba acordándome de la palabra que escribieron los «sovyanks» en la tapa del bote —contestó él—. ¿Conocerán las intenciones de Ulhsen?

Olivaz no supo qué contestarle.

* * *

Janna y Aldon regresaron el lunes a primera, hora. Aldon traía un violento dolor de cabeza y la lengua estropajosa; se había corrido una juerga épica, cuyos efectos se notaban todavía.

En cambio, Janna venía pisando sobre nubes. Marvin y Olivaz supieron así de la inminencia del anuncio de un próximo enlace matrimonial.

—¿Sabes? —exclamó la hermosa africana—. Paolo me llevó a Landowski a que me tasara el brillante. ¿Cuánto te imaginas que me ofreció por él, en el acto?

—No sé… veinte, veinticinco mil *solares*…

—Treinta y dos mil, contantes y sonantes —afirmó Janna, con el rostro resplandeciente de satisfacción.

—Una buena dote, evidentemente. ¿Has aceptado?

—¡Ni hablar! —respondió ella—. Me gusta y, además, los «sovyanks» podrían enojarse. Paolo me recomendó también que no vendiera. Pero esto tuvo la virtud de interesar a Landowski. Dijo que, si un día nos encontramos apurados de dinero, puede abrirnos un crédito hasta ciento cincuenta mil *solares*…

—Gracias. —Cortó Marvin—, aunque creo que podremos pasar con nuestros propios medios. Además, tengo que deciros algo y necesito vuestra conformidad.

Janna y Aldon escucharon las palabras, del joven, el cual les relató la entrevista sostenida con Mabel Wenckel.

—Por mi parte —declaró la africana—, no tengo el menor inconveniente. ¿Y tú, Paul?

Aldon tenía en la mano una jeringa llena de agua de soda, de la cual bebía con frecuencia, para combatir la sequedad de sus fauces.

—Si crees que puedes ayudarla, hazlo. No parece mala chica.

—Gracias. Entonces, partiré ahora mismo para Aster City —manifestó el joven—. Acordaos del aviso de los «sovyanks».

—Lo tendremos muy presente —aseveró Olivaz.

Media hora más tarde, Marvin embarcaba en el astrobote de la «Gamma T.», prometiendo devolverlo a la mayor brevedad posible. Puso los motores en marcha y arrancó a toda velocidad hacia Aster City, adonde llegó tres horas más tarde.

Inmediatamente se dirigió a las oficinas de la «M. W.».

Se llevó una enorme sorpresa al ver que unos obreros estaban arrancando el rótulo. Al pie del edificio y cubierto con una tela, había otro letrero.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué están arrancando ese rótulo? ¿Acaso la «M. W.» ha cambiado de local?

—No me lo pregunte a mí —contestó uno de los sujetos—. Nos dieron la orden de cambiarlo por ese otro y es todo cuanto sabemos.

Muy intrigado, Marvin levantó la tela que cubría el segundo letrero. Su estupefacción aumentó de tono al ver las letras grabadas en el mismo:

«ASTROMIN», *Compañía de minería espacial* G. ULHSEN, *Presidente*.

De pronto, una voz sarcástica sonó muy cerca de él.

—¿Necesita algo de la «Astromin», amigo?

Marvin dejó caer la tela. Sus ojos se posaron sobre el enorme corpachón de Ulhsen.

—Sólo una cosa: saber dónde se encuentra Mabel Wenckel.

Ulhsen se encogió de hombros.

—Ah, ¿qué me cuenta a mí de eso? Ya es mayorcita para cuidarse de sí misma, ¿no cree?

—Pero no para cuidarse de usted —le replicó Marvin—. ¿Qué marranada le ha hecho, Ulhsen?

Los ojos del ingeniero destellaron con furia.

—Cuidado con lo que dice, capitán. No siempre va a ser tan afortunado como hace unos días.

—Aunque consiguiera molerme a golpes, ello no desvirtuaría los hechos y la jugarreta, seguiría siendo marranada —replicó Marvin sin inmutarse—. Porque estoy seguro de que a la señorita Wenckel se la ha jugado usted de puño.

—Oh, no —sonrió Ulhsen en tono plácido—, nada de eso. Todo legal, absolutamente legal. Esta vez no ha habido soborno.

Marvin frunció el ceño. Ulhsen parecía decir la verdad. Pero ¿qué misterio era aquél? ¿Por qué la «Astromin» sustituía a la «M. W.»?

—Iré a ver a la señorita Wenckel —prometió—. Y si me entero de que ha empleado malas artes, conseguiré que lo expulsen de Aster City y no consiga en el resto de su vida ni siquiera un permiso para cavar la tierra y sembrar coles.

Giró sobre sus talones y se encaminó al hotel.

Mabel estaba en su habitación esperándole. El rostro de la joven aparecía cubierto de una intensa palidez.

Al verle aparecer, fue hacia él y le tomó ambas manos.

—Marvin —dijo, apeando el tratamiento acostumbrado—. Ulhsen me ha vencido. La «M. W.» es ahora suya y a mí sólo me queda mi fortuna personal, no tan grande, sin embargo, como se piensa por ahí la gente.

—Lo sé —respondió él, conduciéndola a un diván próximo, en el cual se sentaron—. Vengo de sus oficinas. Pero ¿cómo ha podido ser eso?

—Temo que no obré con excesiva prudencia al despedirle. Había olvidado que él tenía plenos poderes míos para hacer y deshacer en cuanto a los aspectos legales de la empresa.

—¿Y bien?

—No hay mucho más que añadir —manifestó ella, desanimada —. Debía tenerlo todo preparado, para cuando llegase una ocasión semejante. Entonces sacó a relucir una serie de documentos, redactados mucho tiempo atrás, todos legales, por medio de los cuales se convierte en el dueño de la «M. W.». Sencillamente, aprovechó los poderes que le había conferido, basándose en la confianza que siempre le mostró mi padre, para convertirse ahora en el dueño legal y absoluto de la empresa.

Hubo una pausa de silencio. Mabel parecía a punto de echarse a llorar.

—Por lo tanto, no puedo mantener mi oferta del sábado —concluyó.

Marvin se frotó la mandíbula con fuerza.

—No sé qué decirle, la verdad. ¿Se le ha ocurrido consultar con un abogado?

—Por supuesto. Ulhsen tiene toda la razón… legal, Es imposible hacer nada contra él.

—Se ha tomado un buen desquite, no cabe la menor duda —manifestó el joven—. No me importa por el empleo, sino por usted misma. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—No tengo ningún plan definido. Quizá volver a la Tierra. El dinero que tengo no es excesivo, ni tampoco como para vivir de sus rentas, sin trabajar. Esto es algo que nunca me preocupó demasiado; confiaba en Ulhsen y… todos mis beneficios, por lo visto, él los invertía en la empresa. En una palabra, estoy arruinada.

Marvin sonrió. Acababa de ocurrírsele una buena idea.

—En tal caso —dijo—, me imagino que no le disgustaría aceptar un empleo.

—Si se trata de algo que yo sepa hacer —dijo ella.

—Bueno, por lo menos, sabe ponerse el traje de vacío, pilotar un astroyate… y me imagino que calentar una lata de conservas. Véngase con nosotros al asteroide; mis compañeros se alegrarán de tenerla allí.

Ella le tomó las manos otra vez.

—¿Lo dice usted en serio, Marvin?

—Ya lo creo. Tendremos que comprar algunas cosas suplementarias; todo lo que tenemos allí, está calculado para cuatro personas. Pero eso es algo que pueda hacerse sin demasiadas prisas. Mañana por la tarde, estaremos en el asteroide.

—Necesitará algún dinero. Tengo dos diamantes que me regaló usted.

—Venda el que está sin tallar. Meyer Landowski le dará unos cuantos miles en el acto.

—Pues entonces, cuanto antes empecemos, mejor para todos. —Le miró y se echó a reír—. Vino como mi empleado y ahora resulta que soy yo quien va a trabajar para usted. No se pueden hacer planes para el futuro, ¿verdad?

—Claro que…

Marvin se interrumpió. Los nervios acababan de fallarle a la muchacha y estaba llorando.

La atrajo hacia sí. Mabel apoyó la cabeza en su hombro y sollozó en silencio durante algunos minutos. Marvin dejó que se desahogase, hasta que ella levantó la cabeza y le miró sonriendo, aún con los ojos húmedos.

—No es por mí —hipó—. Se trata de la obra que mi padre levantó con tanto esfuerzo.

—Lo comprendo —contestó Marvin en tono afectuoso—. Pero no mire al pasado; levante la vista y tiéndala al frente. Es la mejor manera de arrostrar cualquier situación.

—Gracias —suspiró ella—. Gracias, Marvin. —Se esforzó por sonreír de nuevo—. Si me lo permite, iré a arreglarme. Debo de estar hecha una lástima.

—Una encantadora lástima —concedió él, con galantería.

Salieron del hotel momentos más tarde, dirigiéndose a la joyería, en donde el dueño, un tipo de aire astuto, pero amable y cortés, pagó a la muchacha dieciocho mil quinientos *solares*, en un cheque que extendió en el acto.

—Parece que en los últimos tiempos se encuentran muchos diamantes por ahí —observó en tono cauteloso—. Si hallan más, recuerden que les pagaré mejor precio que ninguno de mis competidores.

—Todo depende de los «sovyanks», señor Landowski —contestó el joven.

—¡Qué bromista es usted, capitán! —bufó el joyero—. ¿Ha visto usted, alguna vez un «sovyank» de verdad?

—Pues no sería capaz de decir que no, aunque tampoco podría afirmarlo.

—Ya, ya —manifestó Landowski en tono resignado—. Y cuando luce el sol, es difícil que llueva, lo cual quiere decir, que cuando está lloviendo, no suele lucir el sol. Lo blanco no es negro, pero puede ser gris…

Marvin tomó el brazo de la joven y se la llevó de allí.

—Adiós, señor Landowski; para pronosticador de la meteorología, no tendría precio —exclamó.

Rieron los dos al salir. Pero apenas habían cruzado el umbral de la joyería, Marvin notó que el cuerpo de Mabel sufría un fuerte

estremecimiento.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No mire —recomendó ella—. Nos están siguiendo.

—¿Quién?

—Un tal Kosthalk, un checo repugnante, que en los últimos tiempos, y pese a mi oposición, se había convertido en el hombre de confianza de Ulhsen.

—Entiendo. Sigamos.

Empezaron a hacer sus compras. En una ocasión, Marvin pudo estudiar al sujeto que les seguía, prácticamente sin disimulo alguno. Era un hombre de mediana estatura, muy ancho de hombros y con una barba negra de collar que le confería un aspecto bastante desagradable. Una vez o dos, Marvin sintió la tentación de lanzarse sobre él y echarlo a puñetazos, pero se contuvo, diciéndose que no podía probar nada ofensivo en su actitud.

La persecución se mantuvo durante todo el día y el siguiente, incluso hasta el momento de la partida lucia el asteroide. En el instante de arrancar, Marvin se acordó de la advertencia del «sovyank».

«Hemos de tener cuidado. Pero ¿de qué y por qué?», se preguntó, sin hallar una respuesta satisfactoria.

CAPÍTULO IX



urante dos semanas, los trabajos prosiguieron en el asteroide sin novedad alguna, porque ya no consideraban como novedad el hecho de encontrarse algunas mañanas con cinco hermosos diamantes que los misteriosos y enigmáticos «sovyanks» dejaban encima de la lata de conservas, que ellos depositaban como presente en el exterior de la cueva.

El hecho les tenía intrigados, aunque, como no podían resolverlo, se lo tomaban con notable filosofía. Cada uno de ellos tenía ya cuatro diamantes, gordos como garbanzos, cuyo valor global, por lote, podía estimarse fácilmente en una suma no muy alejada de los ciento treinta mil *solares*. Al mismo tiempo, las latas de conserva eran vaciadas de su contenido, sin que hubiesen podido hallar el menor rastro de los misteriosos seres que tanto les preocupaban.

Cuando, a los diecisiete días de la llegada de Mabel al asteroide, hallaron el quinto lote de diamante, Marvin convocó una reunión

para discutir el asunto.

—Si esto sigue así —declaró—, casi valdría más que dejásemos la minería y nos entregásemos de lleno a la cuestión diamantífera.

—Eso —aprobó Aldon—. Hacer el vago y esperar tranquilamente a que nuestros amigos nos entreguen un par de diamantes por semana. ¡Buen trabajo!, ¿eh?

Pero nadie se rió.

—Esto es más serio de lo que parece —opinó Janna—. Me gustaría entrar en tratos con ellos.

—Ellos no quieren darse a conocer —arguyó Olivaz.

—Y, por otra parte, en cualquier momento, pueden cansarse —intervino Mabel—. Ya es sabido su humor variable. Si les da por molestamos, tendremos que abandonar el asteroide. Por lo tanto, estimo que los trabajos de minería deben continuar.

—¿Cuál es la capacidad de las bodegas de la «Gamma T.»? —preguntó Janna de pronto.

—Dieciocho mil metros cúbicos —respondió Marvin sin vacilar.

La «Gamma, T»; era una nave inmensa, tan grande como un antiguo vapor de carga.

—Todavía nos faltan ocho decimos de capacidad de las bodegas por llenar —alegó Janna—. El mineral posee una riqueza extraordinaria, por lo que, una vez hayamos vendido el primer cargamento, obtendremos una verdadera fortuna.

—Aun así, no habremos hecho apenas otra cosa que rascar un poco el filón. Debemos continuar —exclamó Aldon.

De pronto sonó un zumbido. Se miraron unos a otros.

—¡Alguien viene! —exclamó Marvin.

—¿Será Paolo? —dijo Janna, arrobada.

—Hoy está en el Ángulo Noveno —contestó Olivaz, echando por tierra las ilusiones de la bella africana.

—¡Aguafiestas! —le apostrofó Janna.

—Será mejor que salgamos a ver quién viene. —Dijo Marvin, consultando su reloj—. Son las siete y media de la tarde, hora de Greenwich. ¿A quién demonios se le habrá ocurrido aparecer a estas horas por el asteroide?

Pero nadie pudo darle una respuesta.

El detector continuaba señalando la aproximación de una astronave. Actuando con rapidez, se colocaron los trajes de vacío y

pocos minutos más tarde, se hallaban en el exterior.

Casi al mismo tiempo, un astroyate de finas líneas se posaba cerca del borde del cráter. Una vez se hubo detenido la nave, vieron que dos hombres se apeaban de su interior y se encaminaban hacia ellos. La silueta de uno de los recién llegados resultaba fácil de identificar por su enorme tamaño.

El otro sujeto era Kosthalk.

Grist Ulhsen se detuvo frente al joven. Arrojó una rápida mirada hacia Mabel, pero no dijo nada referente a ella.

—Capitán Harristy, deseo comprar su asteroide. Traigo un cheque, avalado por el banco de Aster City, por importe de dos millones y medio de *solares* y canjeable en el acto. También traigo los contratos de compraventa, redactados con toda legalidad y a falta sólo de su firma y la de sus compañeros.

—Usted hace las cosas siempre con mucha legalidad, Ulhsen —contestó el joven en tono sarcástico—. La señorita Wenckel tendría mucho que decir sobre sus «legales» procedimientos.

—No estamos hablando ahora de ella —respondió el ingeniero, amostazado—, sino de este asteroide y de los dos millones y medio que le ofrezco. Necesito una contestación inmediata.

—Parece que no es usted sujeto a quien le guste perder el tiempo —comentó el joven. Lanzó una mirada en dirección al checo—. ¿Han hablado con el joyero Landowski?

Ulhsen respingó. Marvin supo así que su tiro había sido certero.

—De modo, que ahora ya no le interesan los minerales, sino los diamantes —comentó con voz irónica—. Y pretende comprar por una fruslería lo que vale, por lo bajo, veinte veces más. El tipo más avaro me daría, contando solamente con el filón, diez millones en el acto y sería barato… y usted, por cuatro *solares*, como quien dice, pretende llevarse todo. Ulhsen, ¿de dónde ha sacado que está tratando con unos tipos sin inteligencia?

El ingeniero hizo crujir sus dientes de tal forma, que el sonido pudo ser escuchado a través de los receptores individuales.

—Me molestan ciertos comentarios —contestó con aspereza.

—¿Y los reproches de su conciencia? —preguntó Mabel, interviniendo de pronto—. Ah, perdone, ¿cómo voy a preguntarle por algo de lo que carece en absoluto?

—No he venido aquí para tratar de ningún asunto con usted,

señorita Wenckel —respondió Ulhsen—. En lo que a mí concierne, el asunto de la «M. W.» está definitivamente zanjado.

—No es necesario que lo jure —dijo Marvin en tono ácido—. De todas formas, no cante victoria todavía. Considere lo que hizo con Mabel solo como un primer asalto a su favor. En cuanto a la proposición que nos ha formulado, pregunte a mis compañeros, uno por uno. Yo solo no puedo resolver.

—No —dijo Janna en tono tajante.

—No —contestaron Aldon y Olivaz a dúo.

—Mi respuesta podía conocerla usted de antemano —añadió Marvin—, así que no sé para qué se ha molestado en venir, Ulhsen.

El ingeniero recorrió con la vista los rostros, de las cinco personas que estaban ante él.

—Muy bien —dijo—. A pesar de todo, aún no he renunciado a conseguir ser el dueño de este asteroide. Volveremos a vernos.

Giró sobre sus talones y se marchó. Kosthalk les lanzó una mirada envenenada y le siguió casi de inmediato.

Antes de hablar, esperaron a que el astroyate se hubiera perdido de vista.

—¿Qué diablos se prepondrá hacer este sujeto? —murmuró el portugués, sumamente preocupado.

—Me ha dado la sensación del jugador que guarda un «as» en la manga —comentó Aldon.

—Tendremos que llamar a Paolo —sugirió Janna—. Ese tipo no amenaza en balde y es capaz de hacer cualquier cosa por dejarnos en medio del espacio.

—De momento —dijo Marvin—, estableceremos una guardia continua. No podemos fiarnos de él; es muy capaz de gastarnos una broma muy pesada.

—Que no tendría nada de tal. Lo mío no fue una broma precisamente —exclamó Mabel.

—Sí, tiene usted razón —convino el joven, apesadumbrado—. No fue una broma, sino una completa canallada.

* * *

Transcurrieron varios días sin ninguna novedad. Pasaron dos semanas más y al ver que no sucedía nada, llegaron a olvidar las

amenazas de Ulhsen.

Al cabo de dicho tiempo, Marvin dijo que quería hacer una exploración en la cara inferior del satélite. Era preciso hacer una medición exacta del grosor de la veta mineral. La bodega de carga de la «Gamma T.» estaba llena en un cuarenta por ciento de su espacio y deseaba calcular, con la mayor aproximación posible, el número de viajes que deberían realizar hasta la estación transformadora de Marte, donde ya tenían vendido todo el mineral que consiguiesen extraer.

Mabel se ofreció a acompañarle. Cargados con los detectores y otros instrumentos de medición, partieron después del desayuno, llegando al punto deseado media hora más tarde.

Sujetos con los arpeos mecánicos, empezaron a trabajar. Colocaron los aparatos e hicieron estallar un par de pequeñas cargas, cuyos sismogramas observaron con todo detenimiento. De pronto, al observar una de las esferas, Marvin se dio cuenta de que la aguja marcadora se movía un poco, señalando un punto más alto que de ordinario.

—¡Caramba! —exclamó, muy asombrado—. ¡Esto sí que es raro!

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Vea esta esfera. Señala una masa magnética de considerable volumen.

—¿Tiene eso alguna importancia, Marvin?

—No sé qué decirle —respondió, él—. Nuestros primeros estudios geológicos indicaban un porcentaje bajísimo de hierro. Esto fue lo que más nos animó a proseguir la explotación del asteroide.

—Posiblemente se produjo entonces algún error —apuntó la joven.

—Es difícil. No porque no seamos capaces de cometerlo, como todos los humanos, sino porque, aunque la aguja señala una fuerte influencia magnética, no la hace con tanta fuerza como debería hacerlo si tuviese una masa de hierro en las inmediaciones, quiero decir, englobada en algún punto de la masa total del asteroide.

—Quizá se trata de alguna astronave que vuelva por las inmediaciones, Marvin.

—Es posible —convino el joven.

Se irguió y paseó la mirada a su alrededor.

—No veo ninguna nave por las cercanías —dijo, Una vez más,

miró la esfera, cuya aguja continuaba oscilando, a la vez que progresaba en la esfera con inexorable lentitud—. Además, una astronave suele tener instalados circuitos antimagnéticos, precisamente para evitar errores de este género —recordó, de súbito.

—Bien, entonces…

Mabel se interrumpió de pronto, con la vista fija en un lugar del espacio.

Un agudo grito se escapó de sus labios.

—¡Mira eso, Marvin!

En un instante, comprendieron los dos en que consistía la amenaza de Ulhsen.

Girando con lentitud en el espacio, un enorme asteroide se encaminaba hacia ellos, siguiendo una aterradora órbita que le llevaría a chocar contra el suyo en pocas horas.

CAPÍTULO X



n el acto dieron la alarma. Cuando llegaron al campamento, Janna, Aldon y Olivaz les esperaban llenos de ansiedad al borde del cráter.

—¿No hay medio de evitar la colisión? —pregunto Aldon.

—En absoluto —contestó el joven—. He estado observando el asteroide que se nos echa encima, a través del teodolito, y he podido estimar su órbita con un mínimo de error. Tomando como punto de referencia Alfa de la Osa Mayor, he calculado que sigue una trayectoria de colisión de cincuenta grados con respecto a nuestra órbita.

—Y chocará contra la cara opuesta del nuestro —dijo Janna.

—Así es.

—Dada la órbita que sigue, nos lanzará hacia arriba, en sentido casi perpendicular a la eclíptica. Esto significa que vamos a salir del campo de asteroides.

—Es lo que yo he pensado —confirmó el joven—. Calculé

también las velocidades respectivas. Chocará con nosotros dentro de dos horas y cuarenta minutos, aproximadamente. No he querido llegar a la décima de segundo; en realidad no nos importa demasiado.

—¿Piensas que es obra de Ulhsen, capitán? —inquirió Olivaz.

—Por supuesto. Los cálculos me han demostrado que ese asteroide tiene unas dimensiones dobles de las del nuestro. Si éste tiene un volumen aproximado de dos mil millones de metros cúbicos, el que se nos viene encima, posee un volumen de alrededor de catorce a dieciséis mil millones de metros cúbicos.

—Una masa siete u ocho veces mayor —exclamó Janna.

—Ciertamente. Y muy rica en mineral de hierro, como señaló el detector. Pero eso no importa ahora. El tiempo apremia y hemos de hallar una solución.

—El choque nos causaría daños, si permaneciésemos en la superficie del asteroide —apuntó Aldon.

—¿Cuánto tardarías en poner los motores de la «Gamma T.» en marcha?

—Media hora, no más. Hay que calentar los tubos…

—Juanito te ayudará. Las dos chicas y yo llevaremos lo indispensable, mientras tanto. Debemos apartarnos de la zona de choque lo más que podamos.

—¿No se fragmentará al recibir el impacto? —preguntó la Mabel.

—Es imposible asegurar nada en tal sentido contestó él. —Vamos, al trabajo, pronto.

Dos horas más tarde, se disponían a embarcar en la nave, en la que se llevaban lo más indispensable. Marvin había estimado que la sacudida podría derrumbar la cueva, con lo que se hallaba contenida en ella sufriría graves si no irreparables daños.

Antes de introducirse en la nave, Marvin depositó sobre el suelo, en el lugar acostumbrado, un trozo de papel metalizado, del que se acostumbraba a utilizar para escribir con lápices especiales en el vacío.

Adiós, amigos. No sabemos si podremos volver. Muchas gracias por lo que habéis hecho en nuestro favor.

Mabel sonrió con ternura. Luego, ayudada por el joven, penetró en la nave.

Inmediatamente se cerraron las compuertas y se soltaron los arpeos magnéticos. A continuación, Aldon puso en funcionamiento los chorros inversos y la nave empezó a apartarse poco a poco del asteroide.

—Ya tengo calculada la órbita de alejamiento. Trataré de situarme a la distancia suficiente para no ser alcanzados por algún fragmento desprendido en el cheque.

Marvin asintió. Mientras la nave retrocedía con relativa lentitud, pudo observar con toda facilidad el acercamiento de los dos asteroides que calculó se produciría diez minutos más tarde.

—Pierde dos mil metros de nivel, Paul —ordenó.

La nave descendió, situándose en el plano inferior al del asteroide. Desde allí, podrían observar con toda facilidad el choque de los dos enormes pedruscos.

—¿Cómo habrá podido hacerlo Ulhsen? —preguntó Mabel.

—Simplemente, adosando potentes eyectores en el lugar deseado. Incluso es posible que haya colocado hasta astronaves, que son mucho más potentes. Ninguno de nosotros calculó semejante posibilidad, es cierto —comentó, con amarga melancolía.

—Y pensar que, si no se te ocurre a ti ir a investigar la veta de mineral a la otra cara, no nos hubiésemos enterado hasta que hubiera sido demasiado tarde —exclamó Janna. Su voz tomó un tono duro de pronto—. Cuando todo haya terminado, iremos a explorar. Llamaré a Paolo para que venga a practicar una investigación; tienen que quedar pruebas de la canallada cometida por ese miserable.

—Y la órbita de nuestro asteroide está registrada debidamente —añadió Olivaz—, así que, encontrando esas pruebas, podremos demandarle.

—¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó Mabel—. Oh, ya sé que por venganza y por apoderarse de la veta de mineral, más los diamantes… si es que los encuentra. Pero pedía imaginarse que alguno de vosotros podría salvarse y siempre quedaría vivo para mantener los derechos de propiedad sobre el asteroide.

—Eso es lo que no acabo de entender del todo —murmuró el joven, bastante preocupado. Mabel acababa de poner el dedo en la

llaga.

Salvándose ellos, sus derechos de propiedad continuaban intactos. Y Ulhsen no era tan tonto como para no haber calculado aquella eventualidad. Tuvo la sensación de que todavía guardaba una carta escondida.

—¡Cuidado! —gritó Aldon de pronto—. ¡Ahí van!

La distancia entre los asteroides disminuía cada vez más. Cinco pares de pulmones detuvieron sus movimientos respiratorios unos segundos.

El choque se produjo con lo que a todos pareció aterradora lentitud. El asteroide «agresor» arremetió contra el otro por debajo, arrancándole algunos fragmentos de roca, que salieron volando por el espacio, girando, no obstante, con escaso ímpetu. El más pequeño de los asteroides osciló y se bamboleó de un modo espantoso durante algunos minutos, en medio de la expectación y el asombro de cuantos presenciaban la escena.

Los asteroides parecieron separarse unos metros; luego volvieron a unirse. El más grande empujaba al pequeño hacia arriba, arrancándolo a su órbita secular. Marvin calculó que la nueva órbita de su asteroide le llevaría, aproximadamente, en dirección a la Estrella Polar. Además, el encuentro había unido los dos asteroides, con lo cual, a partir de lo sucesivo, ambos mantendrían una trayectoria común.

Pasaron unos minutos. Los movimientos de agitación de los cuerpos celestes habían cesado ya. Sin embargo, era fácil observar su nueva órbita, comparando sus oscuras moles por las estrellas que permanecían inmóviles en el fondo y que desaparecían por la parte superior para reaparecer por abajo minutos más tarde.

—Creo que sería conveniente volver a nuestro asteroide y estudiar los daños sufridos en las instalaciones sugirió el joven.

Sin ninguna objeción, Aldon condujo la nave hasta el lugar del anclaje. Muchas rocas habían sido removidas por el choque y las excavadoras y cadenas de carga aparecían rotas y derrumbadas. Los efectos del encuentro no habían podido ser más catastróficos.

Aldon disparó los arpeos electromagnéticos. Inmediatamente, se calaron los cascos y se aprestaron a salir al exterior.

En algunos sitios vieron numerosas grietas, como consecuencia de la sacudida sufrida. Salvando los obstáculos como pudieron,

corrieren hacia la cueva.

Tal como Marvin había presentido, se había hundido por completo. La esclusa había saltado, totalmente destrozada, y la entrada aparecía cubierta por un enorme montón de escombros.

Durante unos momentos, reinó el más profundo desaliento entre los cinco. Sin embargo, fue Mabel la primera en reaccionar.

—Reharemos todo —declaró en tono enérgico—. Yo dispongo de algún dinero y, además, podemos reunir un buen montón de diamantes para vendérselos a Landowski. Haremos traer la mejor maquinaria de extracción de minerales, importaremos también un par de cúpulas estancas, dotadas de deflector de meteoritos…

Janna se encargó de echar un jarro de agua fría sobre las ilusiones de la muchacha.

—¿Sabes cuánto tiempo tardaremos en disponer del nuevo material? —preguntó.

—Algunos meses, supongo —contestó Mabel, muy sorprendida —. ¿Por qué lo dices? El tiempo no cuenta…

—Pero sí la desviación orbital del satélite —arguyó la africana —. Estamos «ascendiendo» en el espacio, si vale la expresión. En esos meses, el asteroide se habrá separado decenas, quizá centenas de millones de kilómetros de la órbita que ocupaba; se habrá desligado por completo del grupo a que pertenece, fuera de la eclíptica y, ¿qué haremos nosotros, perdidos en un asteroide totalmente aislado en el espacio? Aun suponiendo que pudiésemos vivir en esas condiciones, los fletes serían carísimos, insoportables para nuestras finanzas, está mejor dicho. Ni siquiera nos resultaría ya rentable el transporte del mineral, aunque decuplicásemos, fíjate bien, digo de duplicar, el número de las astronaves dedicadas al mismo y todas ellas fuesen de nuestra propiedad. Hablando claro, Ulhsen nos ha derrotado en toda la línea y ni siquiera su condena puede servirnos de consuelo.

Un abatimiento general se apoderó de todos los presentes. Las sensatas palabras de Janna
K’mai
no tenían refutación posible.

—Al menos, encontrando las pruebas de su malicia, conseguiremos justicia —alegó Mabel.

—Podríamos probar a colocar el asteroide de nuevo en órbita,

utilizando la «Gamma T.» como elemento de propulsión —sugirió Olivaz.

Marvin sacudió la cabeza.

—Imposible. No se trata ya de propulsar a nuestro asteroide, sino al otro. Los dos juntos forman una masa de más de dieciséis mil millones de metros cúbicos. Contando como densidad media ocho veces la del agua, su peso oscila entre los ciento veinticinco y ciento cuarenta mil millones de toneladas. Necesitaríamos, por tanto, un empuje inicial, teniendo en cuenta que sería preciso vencer, no sólo el efecto de masa, sino el de inercia y, además, hallar la órbita correcta, de…

Algo interrumpió al joven, obligándole a callar en el acto. Como los demás, Marvin abrió los ojos de par en par.

Era una especie de hoja de papel metalizado, que revoloteó en el vacío por delante de ellos, hasta quedar en el suelo, a sus pies.

Marvin se inclinó y recogió el rectángulo, en el que podía leerse, con letras un tanto irregulares, una singular inscripción:

¡Tened ánimo! Os ayudaremos.

Hubo un momento de silencio. Marvin miró a Mabel, ésta a Aldon… y así, unos a otros, por completo desconcertados, sin que ninguno supiese qué hacer ni qué decir.

Pero todos sabían, sin embargo, quién era el autor de la nota.

Bruscamente, una chispa roja brilló en el espacio y fue acercándose con gran rapidez al asteroide.

—Viene una astronave —exclamó Olivaz, exaltadísimo.

—Si fuese Paolo —suspiró Janna.

—No —contradijo Marvin con firme voz—. Estoy seguro de que es Ulhsen y que viene a contemplar el fruto de su obra.

CAPÍTULO XI


uevamente vino Ulhsen, acompañado del que parecía haberse convertido en su inseparable compañero, Kosthalk. El ingeniero sonreía satisfecho al enfrentarse con ellos.

—Les dije que acabaría consiguiendo este asteroide —exclamó en tono ufano, después de los primeros y secos saludos.

—¿Lo ha comprado ya? —preguntó el joven el tono burlón.

—¿Comprar? ¡Qué tontería! —se burló Ulhsen—. No me costará un décimo de solar más de lo que me he gastado hasta el presente. El asteroide, metafóricamente hablando, vendrá a mis manos él sólito, como un higo maduro que cae de la rama. Pagaré unos cuantos *solares* en el registro, por los derechos de inscripción y denuncia, y eso será todo. Tan fácilmente como lo he explicado, pasará a mi propiedad.

—Lo veo muy difícil, Ulhsen. Olvida que nosotros estamos aquí todavía.

—No, no lo he olvidado. Pero eso no tiene ninguna importancia.

—Cualquiera diría que piensa matarnos a todos —exclamó Mabel.

Ulhsen arrojó a la muchacha una larga mirada.

—No pienso tocarles al pelo de la ropa. Repito que el asteroide será mío… prácticamente, lo es ya; y sin necesidad de comprarlo.

—Bien —dijo Marvin, empezando a perder la paciencia—, ¿quiere decirnos de qué forma va a consumar el latrocinio?

Ulhsen se encrespó un instante, pero acabó por reír de nuevo.

—Le supongo lo bastante inteligente para haber establecido, siquiera a título aproximado, la nueva órbita del asteroide.

—Sí. ¿Y qué más, Ulhsen? —preguntó Marvin.

—Bien, dentro de unos días habrá salido por completo fuera de los límites del campo de asteroides al que pertenece y cuyo centro es Aster City. Según la ley, si lo desean puedo citarles los números de los capítulos que así lo estipulan, cualquier asteroide que se halla fuera de un campo previamente delimitado es propiedad del primero que lo encuentra y lo registra en debida forma. Los derechos del anterior propietario, caso de que éste exista, cesan en el momento de salir el asteroide del campo delimitado con arreglo a la convención Minera de Asteroides de 17 de octubre de 2077. Los cálculos que he realizado me señalan que este asteroide quedará a disposición del primero que desee registrarlo no más allá de una semana. Ahora, piensen ustedes quién va a ser ese primero que lo registrará como suyo.

Alguien lanzó un juramento en voz baja. Janna dejó escapar un gemido.

Ulhsen tenía razón. Sus citas legales eran exactas.

A veces, un asteroide, por una causa u otra, se apartaba de su órbita y se salía de un sector o grupo —llamado «campo»— tomando otro rumbo en el espacio. Esto no era cosa frecuente, pero tampoco extraña. Y la ley disponía que, en tal caso, el asteroide quedaba a la libre disposición del primero que deseara explotar sus riquezas minerales.

—Omite usted decir una cosa, Ulhsen —declaró el joven.

—¿Sí? —contestó el ingeniero con voz burlona.

—Para que usted pueda tener derechos a este asteroide, la misma ley dice que debe estar desocupado.

—Cierto. ¿Piensa que no lo tomé en cuenta? Cuando yo vaya a registrarlo, estará desocupado. Ustedes se habrán ido.

—Muy seguro está de ello —exclamó Marvin, dominando a duras penas la ira que sentía.

—Cuando yo emprendo un asunto, estoy siempre seguro de su final. Por supuesto, favorable a mí.

—Tiene razón —convino el joven con amabilidad—. Olvidé que debía hacer años que tenía planeado quedarse un día con la «M. W.», empleando métodos que habrían repugnado al ladrón de conciencia más acomodaticia.

—No me insulte, Harristy —dijo Ulhsen, entrecerrando los párpados—. La cosa fue legal.

—Según su extraño punto de vista, claro está.

—No he venido aquí a hablar de la «M. W.»… ahora es «Astromin», por si no lo sabía. Vine a hablar de este asteroide. Repito que dentro de una semana, será mío.

Aldon dio un paso hacia delante, lleno de cólera, pero el joven le contuvo, extendiendo un brazo.

—Quieto, Paul —dijo—. Ulhsen, me imagino que después tratará de hacer volver al asteroide a su órbita primitiva.

—Nada más cierto —sonrió el ingeniero.

—Entonces, se encontrará con un problema de difícil solución. A menos que nos mate a los cinco ahora mismo, volveremos al asteroide. Por muchas denuncias que haga usted del mismo, al no renunciar nosotros a nuestros derechos sobre él, continuaremos siendo propietarios, puesto que de nuevo se hallará en el campo de Aster City. Es posible que nos expulse en el primer momento, pero no podrá hacerlo cuando regresemos acompañados del alguacil judicial. ¿Ha calculado usted esta eventualidad?

Ulhsen se quedó parado. Marvin sonrió con gesto triunfal.

—Puedo mantenerlo fuera del campo —alegó el primero.

—Entonces, yo me pregunto: ¿Resultará económica y rentable su explotación? El consumo de combustible será exorbitante y…

—Deje que sea yo quien juzgue los beneficios e perjuicios de una explotación —contestó Ulhsen, amostazado—. Manteniendo al asteroide fuera del campo, serán ustedes los que deban irse.

—¿Y cómo nos echará? ¿Con alguna patrulla del espacio? Si está fuera del campo, no podrá registrarlo en Aster City y las patrullas

no intervienen en asuntos legales; sólo en actos de verdadera emergencia, salvamentos y demás, por lo que no conseguirá de ningún juez un mandamiento de expulsión. Si nosotros abandonásemos el asteroide, usted podría tomar posesión de él, cierto; y registrarlo como suyo, una vez vuelto a la órbita, siempre que nosotros no hiciésemos valer nuestros derechos. —La voz de Marvin se afirmaba a cada segundo que transcurría—. Pero hallándose fuera del campo, debe hacerse la denuncia en el Registro Central de Marte. Entonces, usted puede pedir un alguacil para que nos expulse, pero primero debe presentar pruebas de que no queremos marchamos. Esto significa un viaje a Marte para la denuncia y otro de vuelta al asteroide para comprobar nuestra presencia. Otro viaje a Marte, con las pruebas en el bolsillo y… —Marvin fingió que bostezaba afectadamente. ¿Sabe que entre unas cosas y otras no emplearía menos de un año?

Ulhsen lanzó un rugido de ira.

—Vaya —exclamó Mabel en tono punzante—. Al parecer, no es usted el chico superlisto que todo lo tiene bien preparado. Pensar que el adversario es tonto puede dar lugar a sorpresas desagradables.

El ingeniero les miró con ojos que despedían llamas.

—Les obligaré a que abandonen el asteroide. Y será antes de cuarenta y ocho horas.

—Si partimos ahora, iremos de cabeza a Aster City a denunciar el cambio de órbitas. Esto cuesta tres horas —manifestó el joven—; una orden a la patrulla más cercana para que investigue, diez minutos. Total, que en cinco o seis horas, como máximo, se habrá comprobado el cambio de órbitas… y además, se habrá hallado en el otro asteroide las pruebas de que usted cambió su rumbo a propósito. Ulhsen, voy a darle un consejo: lárguese ahora que está a tiempo. Si no lo hace así, puede estar seguro de que se va a llevar el mayor chasco de su vida.

—Estamos perdiendo el tiempo —refunfuñó Olivaz—. Ahora mismo voy a llamar a la patrulla del Espacio.

—No conseguirá nada —dijo Ulhsen—. Tengo en funcionamiento un interferidor de ondas. Nadie le oirá, ni aunque emplee la máxima potencia de su emisora.

—¿Por qué no saca una pistola y empieza a tiros con nosotros?

—exclamó Mabel.

—Me gustaría hallarme bajo una cúpula para sacarte les ojos con las uñas —dijo Janna.

Por toda respuesta, Ulhsen hizo una seña. Kosthalk se adelantó un paso y dejó en el suelo una caja cuadrada.

—Contiene un «*flash*» de señales —dijo—. Lancen tres destellos seguidos cuando deseen abandonar el asteroide. —Rió con fuerza—. Yo no tengo ninguna prisa; puedo esperar varias semanas, aunque se desvíe de su órbita millones de kilómetros. Los documentos de compraventa están en la cámara de mando de mi nave.

Giró sobre sus talones y se marchó, seguido de Kosthalk. Olivaz le dedicó unos cuantos epítetos bien seleccionados, pero Ulhsen no hizo el menor caso.

Los dos hombres embarcaron en su astrobote. Debían de llevar un piloto, porque la navecilla despegó en cuestión de segundos, a gran velocidad. El resplandor rojo de sus chorros destacaba en el cielo.

De pronto, el astrobote describió una gran curva en el espacio. Lanzándose hacia delante, pareció ir a arrojarse contra la nave.

—¿Qué diablos pretende hacer ese loco? —gritó Janna.

De pronto, dos rayos de un fulgor deslumbrante partieron del vientre del astrobote.

—¡Al suelo! —gritó Marvin, previendo lo que iba a suceder.

—¡Son torpedos! —chilló Aldon.

Los proyectiles chocaron contra la popa de la «Gamma T.» y destrozaron las toberas de eyección. El astrobote se remontó casi verticalmente, dejando una estela de luz roja en la negrura del espacio.

Ulhsen lanzó otra descarga, esta vez, dirigida contra la proa, destrozando por completo la cámara de mandos. Su voz se oyó con trémolos de infinito sarcasmo a través de la radio.

—No olviden el «*flash*» de señales. —Y su risa sonaba fuerte, atronadora.

El astrobote se alejó hasta perderse de vista. No obstante, todos sabían que se mantenía en la vecindad del asteroide.

—¿Será posible que haya interferido nuestras emisiones de radio? —preguntó Aldon—. Nosotros hablamos perfectamente.

—Sí, pero estás usando la frecuencia de próxima distancia. No

puedes llamar a…

La voz de Marvin se extinguió de súbito. El joven manipuló en los controles de la radio, sin obtener ningún resultado. Hizo señas y los cinco cascos se juntaron.

—Ahora ha interferido también la frecuencia de próxima distancia —manifestó—. A partir de este momento, nadie deberá moverse de los alrededores sin llevar por lo menos a un compañero al lado.

—Esto está muy bien —aprobó Olivaz—. Pero ¿qué hacemos mientras tanto?

—De momento —contestó Marvin—, tú y Aldon vais a hacer una evaluación de daños en la astronave. Las dos mujeres se vendrán conmigo.

—¿Adonde? —preguntó Janna.

—Al otro asteroide. Quiero encontrar las pruebas de la felonía de Ulhsen.

—De poco nos servirán si tenemos que rendirnos —dijo Mabel, desalentada.

—Todavía tenemos dos días por delante. En ese tiempo, es posible que Paolo se descuelgue por aquí, sobre todo, cuando se le ocurra visitar a Janna y vea que el asteroide no está en su sitio. Ulhsen no ha contado con este detalle… y puede que nos salve.

—Los «sovyanks» no nos han prestado la ayuda que prometieron —se quejó Mabel.

—Es cierto —convino Marvin—. Pero no podemos confiar exclusivamente en ellos; actuemos como si sólo dispusiéramos de nuestros propios medios. Lo cual —concluyó— no está tan alejado de la realidad como parece. Ah, Janna, ¿quieres buscar el detector de masas magnéticas?

La hermosa africana le miró, extrañada.

—¿Piensas encontrar los restos de los tubos propulsores con ese aparato? —inquirió.

—Es posible —contestó Marvin con extraño acento.

CAPÍTULO XII



arvin Harristy examinó detenidamente los instrumentos de medida. Luego hizo señas de que se le acercasen las dos jóvenes.

Las interferencias de radio continuaban. Unieron los cascos para poder hablar.

—Es una lástima que este asteroide esté derivando por el espacio —manifestó el capitán.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Janna, sorprendida—. ¿Qué nos importa a nosotros cualquier otro asteroide que no sea el nuestro?

—Mucho, más de lo que tú piensas…

—Yo creí que habíamos venido aquí a encontrar las pruebas de la felonía de mi ex ingeniero jefe —expresó Mabel, desencantada.

—Te diré —contestó el joven—. Aunque, como es natural, estoy mucho más preocupado por nuestra actual situación, ello no me ha impedido pensar en otras cosas, por ejemplo, en la inmensa riqueza

de hierro que contiene este asteroide.

—Nadie quiere el hierro —refunfuñó Janna—. Todos los mineros andan locos por otros minerales más valiosos y menos costosos de extraer.

—Todavía no he visto que la madera haya desaparecido de la construcción —alegó Marvin—. Cuanto más, el hierro, que aún sigue siendo el mineral más usado y de múltiples aplicaciones, pese a los adelantos de la técnica.

—¿Y…? —dijo Mabel, expectante.

—Bien, empecé a pensar en ello la primera vea que noté en el detector la cercanía de una masa importante de hierro. Esto sucedió cuando avistamos al asteroide, si recuerdas.

—Es cierto —admitió la muchacha.

—Pues bien, ahora, el detector confirma la existencia de hierro, naturalmente, no en estado de pureza, sino mezclado con otros elementos: Pero, dadas las indicaciones de los instrumentos, me atrevo a afirmar que existe una veta en la cual el contenido de hierro debe oscilar entre el cuarenta y el cincuenta por ciento.

—Eso serían varios miles de toneladas, si no decenas de miles —observó Janna—. Pero aun así, me imagino que no vas a instalar un complejo de extracción y fundición en el vacío.

—Pues es una lástima que las cosas estén como están, porque lo haría —manifestó el joven—. En pleno espacio, una tienda, llamémosla así, en la cual los astronautas se surtieran de toda clase de elementos de acero, resultaría un éxito fenomenal.

—Tienes hierro, pero no carbono; y este material te resulta indispensable para el acero, recuérdalo —dijo Janna.

—Convendría que refrescases tus conocimientos de geología —sonrió Marvin—. Janna, ¿qué es el diamante?

—¡Cielos! Carbono en estado de pureza —exclamó la africana.

—Bien, hay carbono, hay hierro…

—Pero no disponemos de un alto horno —arguyó Mabel.

—Esperad, un poco de calma —rogó Marvin—. Hace tiempo… ¿habéis oído hablar alguna vez del procedimiento de fundición en frío?

—No, nunca —contestaron las dos mujeres a la vez.

—Bien, hace ya algún tiempo, repito, estuve hablando con un amigo, quien estaba tratando de perfeccionar un sistema de

fundición en frío que había inventado. Permitidme antes que os diga que ese sistema puede emplearse tanto en la Tierra, bajo la atmósfera, como en el vacío.

—¿En qué se basa? —preguntó Janna, ávidamente.

—En síntesis, es una excavadora que extrae el mineral que contiene hierro. Éste pasa a una trituradora donde, por etapas sucesivas, se le va reduciendo a polvillo impalpable. El polvillo pasa por unos canales en los que existen potentes imanes, que atraen las partículas de hierro, reducidas a tamaño molecular y dejan pasar las demás que no son de hierro, esto es, la ganga y las escorias. Más tarde, esas partículas, prácticamente moléculas, son reagrupadas de nuevo y, por medio de prensas de alta presión, se les da la forma que se precisa. Un tren laminador para usar en el vacío no es difícil de planear y construir, después de la etapa de mezcla del carbono en la proporción conveniente para que salga la tira, plancha, viga o tubo de acero que se desee. Incluso, mirando más lejos, hasta se puede instalar una prensa estampadora de determinadas herramientas o piezas que se necesitan hoy día en el espacio. Todo depende, claro está, de que mi amigo haya terminado de poner a punto su invento.

—Sería algo magnífico, si no fuera porque estamos subiendo en dirección a la Estrella Polar —comentó Mabel amargamente.

—En realidad, una estación suministradora de piezas de acero en pleno espacio proporcionaría unos rendimientos impresionantes —exclamó Janna—. Hoy día, traer un simple destornillador cuesta un ojo de la cara.

Si abandonamos el asteroide, tendremos que empezar a pensar en ese invento de tu amigo, Marvin.

El joven empezó a recoger sus instrumentos.

—De momento, resultaría más útil hallar las pruebas de la desviación orbital del asteroide —dijo él.

Poco después emprendían la marcha por la superficie de aquel asteroide, de aspecto mucho más accidentado que el suyo. La escasa gravedad, sin embargo, facilitaba sus movimientos.

Salvaron un profundo barranco y emprendieron el descenso de una montaña de ciento cincuenta metros de altura. Al llegar a la cima, Marvin hizo señas con la mano de que se tendieran en el suelo.

Mabel y Janna obedecieron en el acto.

Debajo de ellos, a unos setenta u ochenta metros, divisaron a varios hombres afanados en hacer algo en torno a un enorme tubo de metal, uno de cuyos extremos aparecía con los bordes desgarrados, como si hubiera padecido los efectos de una explosión de gran potencia. Marvin comprendió que no había habido tal explosión, sino la deflagración de los gases producidos al inflamarse el combustible contenido en su interior, cuya deflagración había debido resultar de una potencia muy superior a la calculada.

El tubo medía unos cincuenta metros de largo por tres de ancho. Marvin pensó que no debía ser el único, dada la enorme masa del asteroide, pero, a pesar de todo, su fuerza de impulsión debía de haber sido colosal. Así se comprendía que el asteroide hubiese sido arrancado de su órbita.

Y ahora, los hombres que trabajaban para Ulhsen trataban de hacer desaparecer las pruebas que podían comprometer al ingeniero.

Mabel juntó los dos cascos.

—¿Qué podemos hacer, Marvin? —preguntó en voz baja, olvidada por un momento de que aquellos individuos no podían escucharla.

—Si tuviese un rifle. —Marvin se mordió los labios, sumamente pensativo—. No se nos ocurrió nunca que pudiéramos necesitar armas. De todas formas, tampoco me resolvería a disparar contra esos individuos a sangre fría.

—Al menos, podríamos asustarles.

—Es verdad —convino él.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, algo cayó revoloteando lentamente a pocos pasos de distancia, por delante de ellos. Era un guijarro.

Los tres se volvieron al mismo tiempo. Muy despacio, se pusieron en pie y levantaron las manos.

A pocos pasos de distancia, había dos hombres, cada uno de ellos dotado de una pistola de muelle. Los proyectiles que lanzaban estas armas, que podían matar si alcanzaban un punto vital del organismo, tenían un grave peligro: la perforación del traje espacial, con lo que la muerte del astronauta se producía en pocos segundos por asfixia y descompresión.

Los dos rufianes les hicieron señas de que debían marcharse en el acto. Sus gestos eran altamente significativos. O se iban o tirarían contra ellos.

En circunstancias ordinarias, Marvin hubiera arriesgado un balazo. Sólo se habría tratado de un agujero en la carne, pero, ahora, el agujero se hubiese producido en el traje de vacío. Por tanto, no les quedaba otro remedio que obedecer.

Hizo señas a las dos mujeres, recogió la caja de los instrumentos y empezó a andar. Los dos rufianes les acompañaron hasta que se encontraron a prudente distancia de la astronave.

Entonces, dieron media vuelta y desaparecieron rápidamente por donde habían venido, no sin indicarles que no debían seguirles en absoluto.

Aldon y el portugués salieron a recibirles, aunque no descendieron de la astronave. Desde la escotilla de acceso, les hicieron señas de que treparan.

Subieron a la nave. La compuerta se cerró, restablecida la presión atmosférica normal.

—La nave está inutilizada —informó Aldon—. Sólo podemos usar el generador de emergencia, pero de éste no podemos obtener otra cosa que luz, fuerza para abrir y cerrar la esclusa, cocinar y purificar el aire. Por lo demás, la nave es un montón de chatarra.

—Tenemos el astrobote —apuntó Mabel, tímidamente.

—Está averiado también. Ulhsen no dejó nada al azar.

Hubo una molesta pausa de silencio.

—¿Habremos de permitir que se salga con la suya? —preguntó Janna, arrojando una mirada circular en torno suyo.

—Pero la extracción de mineral no le resultará rentable —alegó Olivaz.

—¿Y los diamantes? —exclamó Aldon.

—Los diamantes nos fueron entregados por los «sovyanks» —contestó Marvin—. Él no se lo creerá; debe de pensar que hemos hallado un fabuloso yacimiento en el asteroide. Esto le compensaría de todo, ya que un par de kilos de diamantes ocupan poquísimo espacio y valen casi tanto como el mineral de nuestra veta. Puede permitirse el lujo de despreciarla, en tal caso.

—Eso es lo que él cree, pero no se ajusta a la realidad —objetó Mabel.

—Desde luego, aunque nosotros hemos de actuar según su modo de pensar —dijo el joven.

Otra vez se hizo el silencio. De pronto, Janna dijo:

—Estamos incomunicados con Aster City y con cualquier otro puesto minero de las inmediaciones. Pero ¿no nos quedan los propulsores individuales?

Marvin sacudió la cabeza.

—Prohíbo que se usen para distancias superiores a la longitud de los dos asteroides. Sólo en caso desesperado, permitiría su utilización; resulta peligroso volar lejos de aquí con un medio tan precario.

—Tienes razón —convino Aldon—. Su carga de combustible es muy limitada y no es posible llevar depósitos de repuesto.

Marvin colgó el casco de un saliente adecuado.

—¿Y si comiéramos un poco? En todo el día no hemos probado bocado y, además, necesitamos dormir. Quizás el sueño nos traiga una nueva idea para salir de este atolladero.

—Es lo mejor que podías haber dicho —sonrió Mabel, tratando de animarle.

Al terminar, y antes de irse a descansar, Marvin se encasquetó de nuevo el traje de vacío.

—¿Adónde vas? —le preguntó Mabel, sumamente intrigada.

El joven sonrió.

—Conviene tener contentos a los «sovyanks». Voy a dejarles una lata de pera en almíbar; parece que es un postre que les gusta mucho.

Salió de la astronave y depositó la lata sobre una roca prominente, de un metro de altura. Hasta el momento, no se habían cumplido las promesas de los «sovyanks». No obstante, el joven confiaba implícitamente en su ayuda, a pesar de lo cual no veía de qué modo podían favorecerles aquellos seres misteriosos.

Poco después, se tendió en su litera.

Estaba preocupado y el sueño tardó en acudir a sus párpados. De pronto, sin saber cómo, se durmió profundamente.

CAPÍTULO XIII



e repente, Marvin se dio cuenta de que no estaba solo en su cámara.

Había alguien más allí dentro, aunque no podía verle. Trató de abrir los párpados, pero le pesaban como si fuese de plomo. Quiso sentarse en el lecho y sintió sus músculos completamente envarados.

No podía hacer el menor movimiento. Se encontraba paralizado.

Se sintió aterrado. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso alguna nueva jugarreta de Ulhsen?

Bruscamente, el ser misterioso que se hallaba en la cámara, le habló.

Marvin no oía sus palabras; sólo las sentía en el interior de su cerebro. Esforzando la mente, creyó divisar, a través de sus párpados cerrados, una silueta de vago parecido humano.

—*No temas, Marvin.*

El joven sintió que una intensa placidez se apoderaba de su

espíritu.

—¿Quién eres tú?

—Soy uno de esos seres a quienes vosotros denomináis «sovyanks». Ése no es nuestro nombre, aunque podemos aceptarlo por ahora.

—¿Quieres algo de mí? ¿Os hemos causado algún daño?

—No, en absoluto. Únicamente deseo decirte que confíes en nosotros, Estamos dispuestos a ayudaros, en realidad, ya lo estamos haciendo. Ten calma y no padezcas.

—Gracias. Confío en vosotros. ¿Puedo preguntarle qué es lo que vas a hacer para ayudarnos?

Marvin creyó observar una invisible sonrisa en la mente del «sovyank».

—Lo verás cuando despiertes. Eso es todo…

Marvin interrumpió al «sovyank» con un fuerte grito mental.

—¡Espera! ¡No te vayas todavía! ¡Quiero saber algo más de vosotros! Es decir, si no te molesta.

—Está bien. Pregunta, pero sé breve.

—¿Quiénes sois? ¿Cómo vivís? ¿De dónde habéis venido?

—Vivimos en los asteroides desde tiempo inmemorial… podría decirse desde antes que se produjera la explosión del planeta que los originó.

Marvin se quedó estupefacto.

—Entonces… ¿sois los habitantes de aquel planeta?

—Di más bien sus descendientes. Pese a nuestros fantásticos poderes, también nosotros estamos sujetos a ciertas limitaciones. Vivimos mucho más que vosotros, por supuesto, pero también morimos cuando llega nuestra hora. Somos invisibles, ciertamente, y nuestro poder se basa sobre todo en las facultades mentales. Ahora bien, el que podamos pasar a través de los objetos sólidos, no implica que nosotros no tengamos también cuerpos sólidos.

Marvin concibió una idea.

—Vivís en otra dimensión distinta a las nuestras.

—Es una explicación muy aproximada. En realidad, cuando advertimos el inminente fin de nuestro planeta, empezamos a prepararnos para sobrevivir. Lo conseguimos, es decir, lo consiguieron nuestros antepasados, no todos, lógicamente, sino aquéllos que poseían unas facultades mentales excepcionales. Nuestro avanzado sistema de civilización permitió la supervivencia de unos cuantos, aunque no logró

impedir la explosión del planeta en que vivíamos.

Marvin sugirió:

—*Podíais haber ido a la Tierra, por ejemplo.*

El «sovyank» sonrió mentalmente.

—*Estaba anunciada la aparición de vuestra raza. No debíamos interferir las decisiones de quien todo lo puede. Además, estos fragmentos de roca, estos asteroides, son nuestra «Tierra». Vivimos esparcidos por ellos y nuestra existencia no es tan aburrida como podría pareceros. Bien es cierto, que nuestras necesidades son muy distintas de las vuestras.*

Marvin tuvo un rasgo de buen humor.

—*Sin embargo, habéis consumido el contenido de las latas de conserva que os dejamos.*

—*Nos pareció que os enojaríais si no lo hiciéramos. No lo comimos, en realidad.*

—*Entiendo. ¿Puedo preguntarte en qué consistirá vuestra ayuda?*

—*Mañana lo sabrás, ten un poco de paciencia.*

Marvin entendió que el «sovyank» estaba a punto de marcharse.

—*Un momento todavía, por favor. ¿Por qué nos habéis ayudado?*

—*Nos gusta hacerlo con quienes observamos rectitud de sentimientos. Y ahora…*

Marvin le interrumpió para formularle la última pregunta.

—*¿Volveremos a vernos… quiero decir, a entrar en comunicación?*

—*¿Quién sabe? Ningún ser infinito, por muy grandes que sean sus poderes, puede sentar una afirmación rotunda respecto al futuro. No obstante, preveo que dentro de muy poco ya no tendréis necesidad de nosotros. Adiós.*

Durante toda la conversación, Marvin había sentido en su mente una especie de presión, no dolorosa ciertamente. Pudo darse cuenta de que cesaba aquella presión con las últimas palabras del «sovyank», y, al mismo tiempo, se percató de que la visión de su silueta desaparecía.

Permaneció un rato inmóvil. ¡Cuánto le hubiese agradado conversar con el «sovyank» horas y horas!

¡Hubiese aprendido tantas cosas! Pero el misterioso ser no tenía deseos de prolongar el diálogo más allá de lo realmente imprescindible.

Lenta, insensiblemente, fue cayendo de nuevo en un profundo y

sosegado sueño, que duró hasta que alguien le llamó para desayunar, a la mañana siguiente.

Estaban terminando de desayunar cuando dijo:

—Convendría que alguien saliese al exterior, a ver si los «sovyanks» han dejado algo para nosotros. El que me habló esta noche no mencionó para nada un posible obsequio, pero acaso lo hayan dejado sobre la lata de conservas.

Mabel le miró, incrédula.

—¡Has… hablado… con… un… «sovyank»…! —exclamó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Janna K'mai, más práctica.

—¿En qué consistirá su ayuda? —quiso saber Olivaz.

—¿Tiene buen tipo? —inquirió Aldon.

Marvin se echó a reír, al mismo tiempo que agitaba ambas manos.

—Calma, chicos, calma, por favor. Os lo explicaré todo. Escuchadme…

Al terminar su relato, se hizo un impresionante silencio en la cámara que servía de comedor.

—No lo cuentes a nadie —recomendó Mabel—. No te lo creerían y te tomarían por loco. Que no salga de nosotros cinco, será lo mejor.

—Es lo que pensaba hacer —concordó Marvin—. Bien, vamos a ver si dejaron algún diamante.

—Iré yo —se ofreció el portugués.

Sí, los «sovyanks» habían dejado de nuevo su obsequio de diamantes, sólo que en esta ocasión eran seis. El sexto llevaba una pequeña etiqueta adherida son el nombre de Paolo Benedetti, gesto que, paradójicamente, llenó de lágrimas los ojos de Janna.

Pero, además, había otra cosa; un sobre de papel metalizado, bastante abultado, en cuyo anverso había escritas unas cuantas palabras.

Proyecto, planos y detalles para el establecimiento de una fundición de hierro en frío y al vacío.

CAPÍTULO XIV



l silencio duró casi un minuto. Aldon fue el primero en romperlo.

—Dame el sobre, Juanito. Quiero ver su interior.

—Espera —dijo Marvin—. Nosotros no entendemos gran cosa de este asunto, así que lo mejor será que guardemos los planos hasta que los examine mi amigo.

—Pero si no podemos quedarnos en el asteroide, en ninguno de los dos, mejor dicho —objetó Mabel—, de nada nos servirán esos planos, Marvin.

—¿Son éstos los únicos asteroides que quedan? —retrucó él.

De pronto, Olivaz lanzó un agudo grito.

—¡Ey, chicos, viene una nave hacia acá!

Marvin se abalanzó hacia la lucerna. La forma del aparato le indicó y le permitió identificar a su piloto en el acto.

—Salgamos fuera —decretó—. No quiero que Ulhsen entre aquí. Paul, guarda bien ese sobre en mi cámara.

—De acuerdo —contestó el copiloto.

Minutos después, se hallaban todos en el exterior, a cincuenta metros de la astronave. Ulhsen les dijo por señas que podían hacer funcionar sus transmisores individuales.

—Las interferencias para la distancia próxima han sido suprimidas de momento —manifestó—. Bien, ¿qué me contestan?

Marvin se mordió los labios. ¿La ayuda prometida por el «sovyank» iba a limitarse únicamente a un puñado de diamantes y a unos planos? Era mucho, desde luego, pero había abrigado la esperanza de que hicieran algo más por ellos.

—Todavía tenemos veinticuatro horas más de plazo —respondió—. Si sólo vino para decirnos eso, ya puede marcharse, Ulhsen.

—Lo siento —contestó el rufián—. Me lo he pensado mejor y no quiero esperar esas veinticuatro horas. Se vendrán conmigo en el acto.

—En tal caso, cometerá un secuestro —advirtió Marvin—. No le irá bien si la policía le echa el guante.

Ulhsen soltó una fuerte risotada.

—No se preocupen por lo que pueda pasarme a mí. Ya tengo tomadas todas las medidas para que nadie se entere de lo que ha ocurrido aquí.

Marvin se estremeció. El significado de las palabras del ingeniero entrañaban una siniestra amenaza, que no resultaba difícil de adivinar.

—De modo que piensa matamos a todos —dijo.

—Prefiero no contestar —repuso Ulhsen.

Y movió la mano.

Detrás de él, estaban Kosthalk y dos sujetos más, los cuales sacaron a relucir sendas pistolas con rápido gesto.

—Si alguno se niega a obedecer. —Exclamó Ulhsen con dureza—, morirá en el acto. ¡Vamos, pronto!

Marvin apretó los puños. Estaban en manos del individuo y no podían hacer otra cosa que acatar sus órdenes.

De pronto, Mabel cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Tendrá que llevarme a la fuerza, si quiere sacarme de este asteroide, Ulhsen —dijo—. No se puede cometer cinco muertes tan fácilmente como usted piensa. Recuerde que el sargento Benedetti está enamorado de Janna

K'mai
. Cuando vea que pasa un tiempo prudencial sin tener noticias de ella, empezará a investigar. No le arriendo las ganancias si cae usted en manos del juez Segovia.

—La jurisdicción de ese juez cesa con los límites de este campo de asteroides —alegó Ulhsen—. Y entonces…

Uno de sus hombres lanzó un agudo grito de súbito. Su mano señaló un punto en el cielo.

Janna lanzó un grito de alegría.

—¡Es Paolo!

La nave patrullera aterrizó a pocos pasos de distancia. Tres hombres armados, a cuyo frente iba el sargento Benedetti, corrieron hacia ellos.

—¡Tiren esas pistolas, pronto! —ordenó el sargento—. Dispararemos si no lo hacen en el acto.

Ulhsen se encaró con Benedetti.

—Sargento, usted no puede hacer tal cosa. Carece de autoridad legal para darnos la menor orden en este asteroide, ni siquiera en cien kilómetros a la redonda.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Benedetti.

—Por la sencilla razón de que estamos fuera de los límites del campo de asteroides. Vuelva a su nave y tome la posición; podrá comprobarlo con facilidad.

—¿Quién le ha dicho que estamos fuera del campo? —exclamó el sargento—. Este asteroide sigue su órbita normal, señor Ulhsen, a pesar de los esfuerzos que ha hecho usted para apartarlo de ella. ¿Pretende acaso darnos lecciones del modo cómo he de cumplir mis obligaciones?

—¡Está mintiendo! —aulló, lívido de ira—. El asteroide salió fuera de su órbita…

Se calló en el acto, pero ya era tarde para enmendar el error.

—Celebro que usted mismo lo haya confesado, señor Ulhsen —sonrió Benedetti—. Para su conocimiento, le diré que traigo en el bolsillo un mandamiento expedido por el juez Segovia, en el cual se decreta su arresto incondicional, acusado de alteración maliciosa de órbitas, defraudación, daños a tercero y a sus enseres, falsificación de documentos mercantiles, soborno… Bien —suspiró el sargento—, la lista es interminable y usted podrá discutir esto mucho mejor con

su abogado. —Movió la mano y dio una orden a sus dos agentes—: Arresten a esos hombres.

Kosthalk y los otros dos rufianes se rindieron sin oponer la menor resistencia. Ulhsen se vio de repente abandonado, solo, derrotado en toda la línea.

Un tremendo bramido de rabia se escapó de sus labios y, acto seguido, sacó una pistola.

Uno de los agentes de Benedetti fue más rápido. Disparó la suya, anticipándose a la acción de Ulhsen por fracciones de segundo.

Un chorrito de humo blanco se escapó al instante por el orificio que el proyectil había abierto en su traje espacial. La herida, en condiciones normales, no hubiera sido mortal, pero el súbito escape de aire y la descompresión obraron sus efectos en pocos segundos.

Ulhsen se retorció epilépticamente durante unos momentos. Luego, con infinita lentitud, fue cayendo al suelo, en donde quedó inmóvil.

Hubo una pausa de silencio después de la muerte de Ulhsen.

—Lo siento, sargento —dijo el policía que había disparado—. No me quedó otro remedio que hacerlo, dada su actitud.

—Usted cumplió con su obligación —manifesté Benedetti—. Ahora, encierren a esos tres hombres; seguramente, tendrán que contar muchas cosas, cuando estén ante el juez.

Marvin tiró del brazo de Mabel.

—Paolo —dijo—, será mejor que entremos en la astronave.

—De acuerdo.

Cuando estuvo cerrada la compuerta, se quitaron los cascos. Olivaz se fue a la cocina para preparar café.

—Paolo —preguntó Janna—, ¿estás seguro de que el asteroide, conserva su órbita primitiva?

—En absoluto —contestó el policía—. Lo confronté con los instrumentos y con el registro de órbitas que toda patrullera lleva consigo. Un buen truco el de Ulhsen, pero que no le sirvió para nada. Se necesita mucho impulso para hacer desviar a un asteroide de su órbita.

Marvin se pellizcó el labio inferior, sumamente preocupado.

—El caso es que la desviación se produjo, Paolo —manifestó.

—¿Qué estás diciendo, Marvin? ¿Tratas de tomarme el pelo?

Calló unos instantes. Ahora comprendía en qué había consistido

la ayuda final de los «sovyanks».

—Pero —exclamó Janna—, ¿cómo viniste tan oportunamente, Paolo? Y, sobre todo, ¿cómo te enteraste de las trapacerías de Ulhsen?

El policía dio un respingo.

—¡Vaya, qué cosas tienes! ¿Acaso no emitisteis vosotros ayer un mensaje, explicando lo que sucedía y añadiendo que presentaríais pruebas de todo le ocurrido?

—¿Que nosotros…? —Janna miró a Marvin—. No lo entiendo, francamente.

—¿Por qué no te lo llevas aparte y le cuentas algo referente a los «sovyanks»? —sugirió el joven—. Si mal no recuerdo, también a él le dejaron un obsequio.

Tienes razón —sonrió Janna—. Ven, Paolo.

Olivaz llegó poco después con seis peras de plástico, llenas de café.

Cuatro de ellas sobraron. El portugués sonrió al mirar a Aldon.

—Paul, me parece que pronto habrá doble marcha nupcial en Aster City.

—Eso creo yo también —manifestó el copiloto, mirando alternativamente a las dos parejas.

De pronto, Paolo alzó la voz.

—Mabel, ¿sabe que vuelve a ser la dueña de su compañía? Los documentos que presentó Ulhsen estaban…

Janna le tiró de la manga.

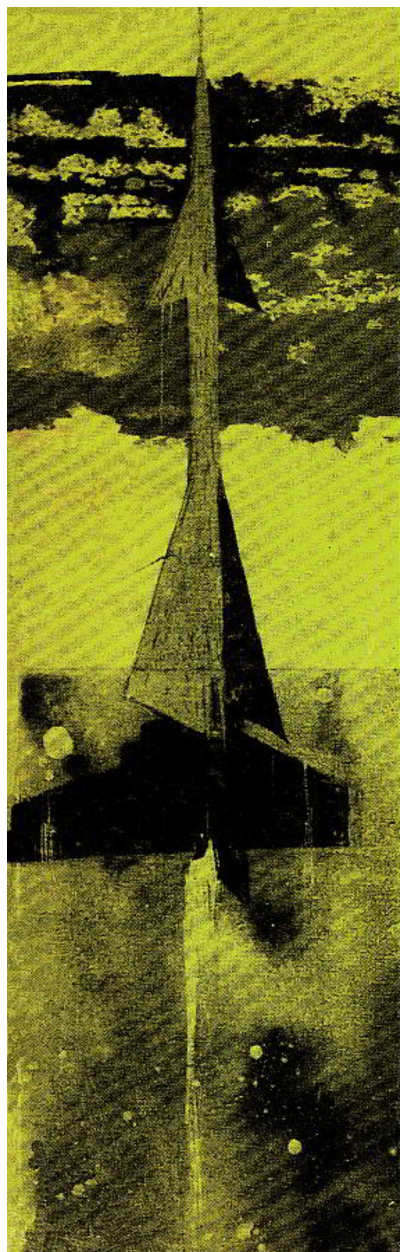
—Déjala, Paolo —sonrió—. ¿Tú crees que en estos momentos le importan a Mabel los asuntos de negocios?

Benedetti sonrió también.

—El negocio que tiene ahora entre manos es el más importante de todos —dijo.

En efecto, la dulce presión de los labios de Marvin sobre los suyos impedía pensar a Mabel en otro negocio que no fuese el de su propio matrimonio.


FiN



Próximo número.

AL OTRO LADO DEL UNIVERSO

vic adams

¿Quién dirigía aquellas naves...?

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA
. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] «Compañía Astronáutica de Minería M. W.». <<